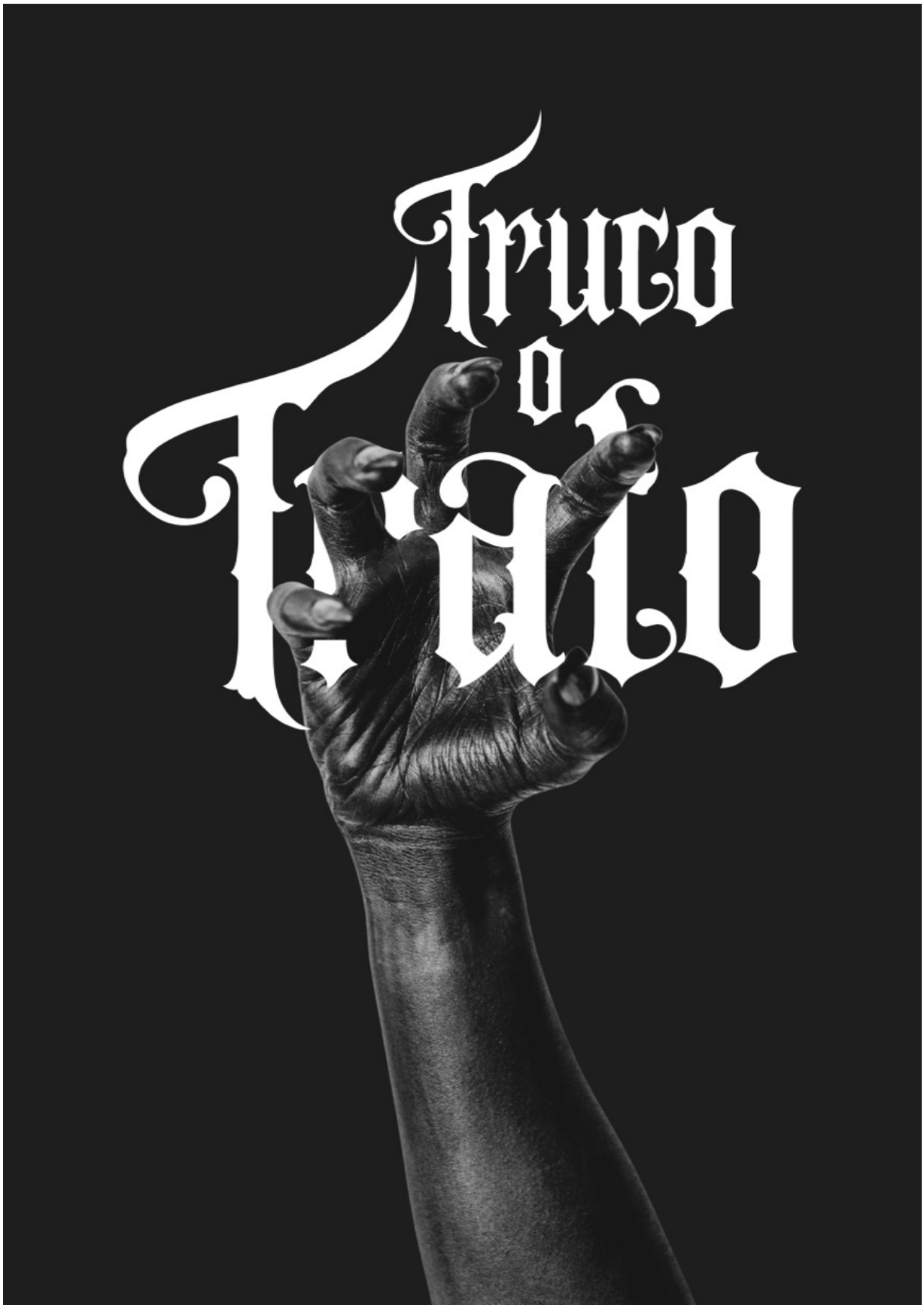
Jake M.O.



Truco o Trato

Bilogía Stone I

No corras. No huyas. Él siempre te encontrará.


Truco
o
Fallo

Primera edición: octubre de 2025
Título original: *Truco o trato*
© Jake M.O., 2025.
Diseño de la portada: Jake M.O.
Corrección y maquetación: Jake M.O.
Imágenes y vectores: Canva Pro.

Esta publicación ha sido posible a Amazon KDP. Es una publicación independiente.

Sello editorial:
Independently published

Sígueme en redes sociales:


Jakemoautora


Jakemoautora

Esta obra está protegida por la legislación vigente sobre propiedad intelectual. Queda totalmente prohibida su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, total o parcial, por cualquier medio o procedimiento —incluidos medios mecánicos, electrónicos, ópticos, magnéticos, reprográficos, de almacenamiento o de recuperación de información— sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Cualquier uso no autorizado podrá constituir un delito contra la propiedad intelectual, tipificado en los **artículos 270 a 272 del Código Penal.**

No corras. No huyas. Él siempre te encontrará.

Truco o Trato



Jake M.O.

A las que aman lo que no deberían,
desean lo que las destruiría,
y entienden que a veces…
el infierno es un refugio y no
una tortura.



Lo primero que quiero deciros es que es muy importante que leáis las advertencias en la página siguiente. En esta historia se narran situaciones delicadas. Este libro es una obra de ficción. Las situaciones descritas son inventos narrativos y no reflejan mis creencias ni valores. Rechazo y condeno cualquier tipo de violencia o discriminación hacia las personas vulnerables.

Aquí no hay ni buenos ni malos, solo personajes que han cobrado vida para entretenerte.

Si me sigues en redes, sabrás que esta es mi segunda historia corta para Halloween. El año pasado escribí un poliamor MMF con tintes de Pitch Black. Y este año he decidido volver a hacerlo. ¿Se convertirá esto en una tradición? Ya veremos el año que viene (guiño, guiño).

Me gustaría deciros también que esta historia es oscura, sádica y sobrepasa todos los límites. Es una relación profesor/alumnas y todos los personajes implicados en esta historia son mayores de edad.

Y bueno, ya solo me queda agradeceros por atravesar la línea de lo inmoral conmigo. Y si eres nueva en este barco de perversión… bienvenida. Ya no hay marcha atrás.

¡Disfruta!



Si cualquiera de estos elementos puede resultar detonante o incómodo para ti, **te recomiendo no continuar**. Esto es ***ficción***. No pretende educar, corregir ni justificar. Solo contar una historia oscura para entretener.

- Relación tóxica, con una fuerte desigualdad de poder (Profesor/Alumna).
- Sexo explícito y contenido BDSM.
- Humillación y degradación.
- Conductas moralmente cuestionables.
- Fetiches que pueden resultar incómodos (CNC).
- Ausencia de límites.
- Cuchillos involucrados sexualmente.
- Voyerismo y exhibicionismo.
- Acoso y gaslighting.
- Alto contenido spicy.

Y repito que Todos los personajes implicados son **mayores de edad**. Esta historia es **ficción**. No promueve ni justifica comportamientos abusivos en la vida real.

Capítulo uno



Sabrina

La noche de Halloween casi estaba a punto de llegar. Era la más especial del año para mí y mi mejor amiga, pues solíamos ir a fiestas en las fraternidades de la universidad, enrollarnos con un montón de chicos y emborracharnos hasta casi perder el conocimiento. Astrid tenía una meta este año: follar con los gemelos Stone al mismo tiempo. ¿La mía? Satisfacer mis deseos más oscuros. Aquellos que solo existían en el lado más perverso de mi mente y que solo Astrid conocía. Si mis padres o su círculo social se llegaban a enterar de los pensamientos que inundaban mi mente cada segundo del día, me darían de lado. Sería una paria en nuestra sociedad.

Astrid me dio un codazo y señaló hacia delante. Me mordí el labio inferior cuando vi al profesor Stone entrar en el aula. Estaba buenísimo y siempre llevaba esa aura misteriosa impregnada en él. Astrid se rio cuando vio mi mano bajando por mi vientre y metiéndose por dentro de mi falda.

—¿Lo vas a hacer? —preguntó con tono divertido.

—Mira a los gemelos Stone —susurré.

Mi amiga recostó la espalda en su asiento e imitó mis movimientos. Ellos la estaban mirando fijamente, ignorando que el profesor —su maldito tío— había comenzado con la clase. Ignoré a mi amiga y los movimientos dentro de su pantalón. Mis dedos se movían rítmicamente dentro de mis bragas. Sentada en la última fila, arriba del todo, nadie podía ver lo que hacía. Aunque en el fondo, deseaba que Ward Stone lo supiera, que viera que me estaba tocando por él. Me mordí el labio inferior, introduciendo dos dedos dentro de mi coño. Deseaba con todo mi ser que fueran los suyos.

Ward Stone era un hombre imponente físicamente. Era alto y de hombros anchos. Pero era su manera de moverse como si el mundo le perteneciera lo que más me atraía de él. No era su pelo castaño oscuro —perfectamente peinado— o ese mechón rebelde que le caía por la frente. Tampoco eran sus pómulos altos y marcados. O esa mandíbula que parecía haber sido cincelada por el mismísimo Miguel Ángel. Así como tampoco eran sus ojos azules, con los que se podía perforar el alma de alguien. Era el conjunto al completo.

Profundicé más los dedos, intentando encontrar lo que tan esquivo me había sido desde que comencé a tener actividad sexual. Nunca fui capaz de tener un maldito orgasmo, sentía el placer, pero no podía llegar hasta el final y con los chicos con los que me acosté, había tenido que fingir. Mi pecho subía y bajaba rápidamente. Comencé a frustrarme. El placer crecía, pero el momento cúspide nunca llegaba. Así que saqué los dedos de mi vagina y me limpié con un papel que saqué de mi bolso. Escuché el gemido bajo de mi amiga y me enfadé más. Ella no tenía ningún problema para correrse.



La clase había terminado y Astrid había notado mi enfado y me había animado a salir esta noche al club de la universidad y encontrar a alguien con una polla grande que pudiera darme lo que necesitaba. Ella lo conocía todo de mí. Descubrimos el sexo juntas cuando éramos adolescentes y, sí, nos tocamos en la misma habitación y en la misma cama viendo porno. Era mi mejor amiga en toda la extensión de la palabra.

Recogí el libro de la mesa y mi portátil cuando la voz del profesor Stone sonó regañando a sus sobrinos, aunque no pude escuchar lo que les estaba

diciendo. Los gemelos solo sonrieron y abandonaron el aula.

—Creo que nos ha pillado —murmuró Astrid con tono divertido.

Me encogí de hombros. El profesor Stone podía poner una queja sobre nuestro comportamiento, pero no llegaría a ningún lado. Tanto mi familia como la de Astrid tenían mucha influencia en esta universidad y en todo el estado de Massachusetts, prácticamente, en todo el país. Me deslicé por el banco de madera, mi piel desnuda hizo sonar el banco. Astrid se rio. La maldita falda se me había subido. Mis ojos se encontraron con los del profesor Stone, que agarró su maletín y me dio la espalda. Emití un gruñido bajo. Joder, estaba muy frustrada. Quería tener sexo de verdad, correrme como una loca y cumplir con todas mis fantasías. ¿Era pedir mucho?

—Tenemos que ir a recoger nuestros disfraces —dije.

—¿A qué fiesta iremos al final?

Me paré en medio de la clase al notar el sobre negro que sobresalía de uno de mis libros; no lo había notado antes. Esbocé una sonrisa al saber lo que significaba eso. Entre la alta sociedad de la universidad corrían rumores de fiestas secretas con lo más selecto de nuestra sociedad. Niños ricos que podían meterse en cualquier problema y saldrían impunes. Me mordí el labio inferior al tiempo que sacaba el sobre con mucho cuidado, como si pudiera romperse con solo mirarlo. Astrid abrió la boca, con la mandíbula totalmente desencajada. Nos apartamos a un rincón del aula. Los detalles en dorados… No eran detalles en dorado, era oro real. Incluso el sello de lacre con las iniciales *CU*. El nombre de una sociedad a la que era casi imposible acceder.

Casa Umbra.

Mis dedos temblaron un poco al abrir el sobre. Dentro, había una carta del mismo color negro que el sobre y con los mismos toques de oro. Era una invitación a la fiesta de Halloween. Mi nombre y el de Astrid venían estampados en oro. La localización venía en coordenadas. Astrid la buscó rápidamente en el mapa de su móvil.

—Está en el bosque —dijo.

—¿El bosque? —pregunté confundida—. Hemos dado paseos por ahí y nunca hemos visto ninguna casa.

—Porque está en lo profundo del bosque, Rina.

—Ubicación perfecta para cometer fechorías —me burlé.

—¿Vamos a ir?

—Tenemos que pensar en otros disfraces.

—Causar una primera impresión que los dejé con la boca abierta.

—Tienen que desearnos, conejita.

Astrid se rio y me dio un pico en los labios. Nos encaminamos al parking privado de la universidad donde teníamos mi coche aparcado. Solíamos ir a las fiestas de las mejores fraternidades y hermandades de la universidad. Pero cuando recibías el sobre negro, sabías que tu nivel social, acababa de escalar. Los Stone eran una familia con un peso inmenso en el país, dueños de influencias y aliados en cada rincón del mundo. Sus raíces se remontaban a la época colonial, cuando sus antepasados —pioneros y colonizadores— establecieron sus dominios en tierras americanas, sentando las bases de un legado que perduraría por generaciones. De hecho, esta maldita universidad les pertenecía. Y se rumoreaba que eran miembros de una sociedad secreta de gente extremadamente rica y poderosa. O eso escuché de mis padres, quienes estaban deseosos de pertenecer a ella.

Marqué el número de mi padre mientras conducía fuera de la ciudad. Se suponía que no podía hablar sobre la invitación, pero sabía que él se lo tomaría tan en serio que no contaría absolutamente nada a nadie que no fuera mi madre.

—*Hola, princesa* —saludó al otro lado de la línea.

—*Papi, tengo una gran noticia para ti.*

—*Te escucho.*

—*La Casa Umbra nos ha invitado a Astrid y a mí a su fiesta de Halloween.*

Hubo un breve silencio que se rompió con la risa de mi padre. Estaba feliz. La Casa Umbra solo era un murmullo, igual que su predecesora, La Orden Dorada. Y solo algunas personas habían tenido el privilegio de escuchar sobre ellos.

—*Princesa, cómprate el mejor disfraz que encuentres y asegúranos una plaza en la Orden a tu madre y a mí.*

—*Hecho, papi. Te quiero.*

Astrid y yo chillamos emocionadas mientras acelerábamos hacia nuestro destino. Nuestros disfraces ya no servían, teníamos que causar una buena impresión para ayudar a nuestros padres a entrar en la Orden, asegurar que sus negocios prosperarían y tendrían la protección que pertenecer a ese círculo ofrecía.

Aparqué el coche en el parking privado de la boutique *Maison du Masque*, la Casa de la Máscara. Una boutique de alta costura que se especializaba en disfraces. Mucha gente de la alta sociedad y celebridades, acudían a esta boutique exclusiva para comprar sus disfraces. En cuanto pusimos un pie dentro, dos dependientas se acercaron a nosotras, una de ellas con copas de champán. Astrid tomó una y yo la otra mientras seguíamos a la más veterana hacia la sección de lujo. Habíamos encargado nuestros disfraces hacía meses, pero ahora que recibimos la invitación para la fiesta de la Casa Umbra, no podíamos ir vestidas con cualquier cosa.

Astrid y yo siempre nos esforzábamos en tener una imagen impecable, pero elegir un disfraz para la fiesta en una sociedad altamente secreta era infinitamente más importante que hacerlo para una fiesta de una fraternidad. Así que nuestros antiguos disfraces ya no nos servían. Deslicé la mano por la ropa colgada en perchas estratégicamente ordenadas por colores, desde el más negro hasta el más blanco. Me paré en seco cuando vi algo que llamó mi atención. El color nácar del corsé de satén era suave, desgastado en algunos puntos como el pecho izquierdo —casi a la altura del pezón—. Las manchas de sangre le daban el toque perfecto para no parecer un simple corsé de noche de bodas. La falda era de tul y gasa del mismo tono, con capas irregulares, como si alguna criatura mística se hubiera esmerado en desgarrarla. La sangre corría por un lado y estaba salpicada en el otro.

Arrastré los dedos por la delicada tela del velo. El disfraz incluía lencería, un liguero y medias hasta los muslos.

—Los zapatos están incluidos también con el disfraz. Unos stilettos blancos de Louboutin.

Mi boca se curvó por la comisura derecha. Había encontrado mi disfraz para Halloween.



Ward

Mis zapatos resonaban en el suelo de mármol negro, rodeado de gemidos y sonidos de latigazos, mientras caminaba hacia las puertas dobles de madera de ébano del ala este de la Mansión Dorada, donde ocurrían todo tipo de actos que harían huir a cualquiera que no perteneciera a la Orden Dorada. Dos guardias —vestidos completamente de negro y con máscaras de pájaros de color dorado— abrieron las puertas. Los gemidos, que antes se escuchaban bajos, ahora sonaban mucho más altos. Subí las escaleras de estilo imperial, la alfombra de pelo negro y bordado dorado amortiguaba el sonido de mis zapatos. Mi mano se deslizaba por el pasamanos de ébano, la misma madera de las puertas y la mayoría de los muebles de este lugar.

Giré por el pasillo de la derecha que llevaba a la sala de reuniones, donde estaría el Gran Maestro. Era urgente que hablara con él sobre un asunto de mis sobrinos. Los gilipollas se habían saltado mi única orden y ahora tenía que arreglar su maldito desastre, el que sabía que ocurriría en su puta fiesta de la universidad.

—Amo Stone —me saludó una de las siervas con una sonrisa coqueta—, ¿necesita algo?

—No.

Hacía unos meses que había comenzado a rechazar los servicios sexuales de las siervas de la Orden Dorada. Ya no me atraían. Quería otro tipo de… *dulce*. Me relamí los labios. Ansiaba ese delicioso dulce que me había estado atormentando durante meses, desde que la vi antes del último fin de curso. Había estado todo el verano pensando en ella. Temía dar un paso adelante y asustarla, pero no pude evitar observarla en las sombras. Las últimas puertas fueron abiertas por otros dos guardias. Puertas que alcanzaban una altura descomunal, desde el suelo hasta el techo, de madera noble recubierta de oro. El chirrido de las bisagras alertó a los que estaban dentro. Mi padre levantó la vista de la sierva que le estaba chupando la polla bajo la mesa.

—Por fin llegas, hermano —dijo Archibald, mi hermano mayor y próximo Gran Maestro de la Orden dorada.

Tenía a su esposa a su lado, inclinada sobre la mesa, mientras un siervo de gran tamaño —y no me estaba refiriendo a su altura— la penetraba por detrás. Las comisuras de Cornelia, mi cuñada, se elevaron al verme, aunque la bola en su boca le impedía sonreír del todo. La sierva que había estado dando placer a mi padre, salió de debajo de la mesa y se puso a su lado de inmediato. El resto de miembros de la Mesa de Ébano, me siguieron con la mirada hasta que me senté en la silla a la izquierda de mi padre.

—Tenemos que hablar, padre —dije.

—Por supuesto, hazlo.

—Alaric y Vaughn han entrado en mi terreno.

Mi padre frunció el ceño al tiempo que la sala se quedaba en completo silencio y toda actividad se detenía. Conocía bien a sus nietos. Eran impulsivos y unos imbéciles que hacían todo lo que querían, como cualquier miembro de la Orden. Mi hermano le dio una orden silenciosa al siervo que había estado follándose a su esposa; este salió de la sala rápidamente. Igual que los miembros de la Mesa de Ébano, que ya no estaban presentes. Entrelacé los dedos de las manos encima de la mesa, observando a mi cuñada cubriéndose el cuerpo con una bata y sentándose en el regazo de mi hermano.

—¿Qué han hecho? —preguntó mi padre.

—Invitar a la fiesta anual de Halloween de la Casa Umbra a alguien que me pertenece.

—Hablaré con ellos —intervino mi hermano.

Me levanté de la silla de cuero, haciendo ruido con las patas al arrastrarla por el suelo.

—Hazlo, no tendré mucha más paciencia si continúan jodiéndome.

Mi hermano podía ser el heredero de la Orden, pero no tenía ni una pizca de mi crueldad. Mis sobrinos habían heredado eso de mí, eran unos putos psicópatas.

—Clarisa está embarazada —soltó mi padre de repente—. Va a entregarnos al niño, quiere que se críe en la Orden.

Levanté una ceja. Clarisa había sido una sierva de mi padre, pero se cansó de ella y optó por la nueva, la que había estado bajo la mesa entretenida con su pene.

—¿Es tuyo? —le pregunté, y negó con la cabeza.

Me habría resultado extraño que así fuera. En la orden estaban permitidos muchos actos impuros como el adulterio o el asesinato. Pero jamás se podía dejar embarazada a una sierva o esposa de un miembro. Para eso se usaban condones o cualquier otro método anticonceptivo si el esposo de la mujer tenía algún fetiche con el semen. Y muchos de esta Orden lo tenían. Les gustaba ver a sus esposas embadurnadas del semen de otros hombres. Algunos las ataban a las camas y dejaban que los siervos y otros miembros se las follaran hasta correrse en cualquier parte de su cuerpo. Por supuesto, ellas estaban de acuerdo con todo esto. La Orden no permitía los abusos sexuales ni las violaciones. Si un miembro, cometía tal crimen, recibiría el mismo castigo.

Por otro lado, un miembro podía torturar y matar a una persona que no perteneciera a la Orden y no pasaría nada. Pero si un miembro dañaba a otro, a su familia o negocio, estos podían tomar represalias sin recibir ningún castigo a cambio.

Me ajusté la chaqueta, mirando a mi padre.

—¿Por qué quiere entregarlo a la Orden?

—Por lo que me ha contado, se acostó con un tipo cualquiera y se quedó embarazada. La Orden ya no la protege…

—Debería haberte deshecho de ella —lo interrumpió mi hermano—. Tú y tu romanticismo barato, padre.

Los ojos de mi padre se desviaron a la cabeza que colgaba encima de la chimenea, expuesta como la de un animal. Aunque esa era la de mi madre. Él mismo la mató y la decapitó para tenerla siempre con él después de que mi madre le fuera infiel con un siervo de la Orden y le intentara abandonar. La espada que separó la cabeza del cuerpo de mi madre luce orgullosa en el vestíbulo de la Mansión, recordando a todos los miembros que la infidelidad es otro crimen que se paga con la sangre dentro de la Orden.

—He enviado a alguien a buscarla —dijo mi padre—. Clarisa ha hablado con alguien sobre nosotros.

—¿Qué?

—Está solucionado, no os preocupéis.

Di una palmada sobre la mesa. Si hubiera acabado con ella cuando debía, esto no habría pasado.

—¿Y cómo sabes que esa otra persona no ha contado nada? —preguntó mi cuñada.

—Porque la hermana de Clarisa fue torturada hasta la muerte por el Brazo.

El Brazo… era el ejecutor de la Orden Dorada. Un asesino a sueldo fiel al Gran Maestro. Paulina entró en la sala de reuniones portando una bandeja con diversos vasos llenos de líquido ámbar. Agarré el mío antes de que pudiera servir al resto y me lo bebí de un trago. Ella le sonrió a mi padre. Era la única que podía tomarse ciertas libertades por ser mi medio hermana. Concebida durante una noche en la que mi padre se estaba follando a otra sierva delante de mi madre. El Gran Maestro era la única figura que podía saltarse algunas normas. Mi madre ya era mayor para concebir y mi padre quería otro hijo. La madre de Paulina estuvo dispuesta a dárselo a cambio de una gran suma de dinero y de que él se hiciera cargo del bebé.

—Gran Maestro, sus nietos han llegado —dijo ella.

—Que los traigan.

Me senté de nuevo en la silla, esperando a que mis queridos sobrinos aparecieran por las puertas de oro. Lo hicieron unos minutos más tarde. Con ese aire de superioridad y osado, como alguien que no teme a nada ni a nadie. En realidad, así era. Vaughn y Alaric no tenían por qué temer a nadie. Ni siquiera a mí. Aunque les daría una paliza si era necesario.

Vaughn se sentó en la otra punta de la mesa, presidiéndola desde el otro lado, frente a frente con mi padre. Alaric se sentó a su derecha, el lugar guardado para alguien de mucha confianza. Vaughn sería algún día el Gran Maestre, después de su padre, y eso le hacía tener el ego mucho más grande.

—¿Hay algún funeral celebrándose y no hemos sido avisados? —preguntó con chulería.

—Habéis… invadido mi propiedad —dije con los dientes apretados.

—Lo lamentamos, tío Ward. No era nuestra intención. Solo queremos a la otra chica.

Alaric sonrió de medio lado, con la vista clavada en la mía.

—No nos interesa tu presa —dijo—. Nos gusta más la otra.

—Desinvitadla —ordené.

—Si lo hacemos, su amiga no vendrá a la fiesta y la necesitamos… —Vaughn soltó una risa—. Digamos que es imperativo que asista a nuestra fiesta de Halloween.

Apreté los dientes, estaba comenzando a cansarme de sus payasadas.

—Si tanto la quieres, ¿por qué no vas a por ella?

Fulminé con la mirada a Alaric. El pequeño cabrón tenía una sonrisa comemierda en los labios, la misma que la de su hermano. Odiaba a esos bastardos, pero eran familia y los protegería… si es que no seguían metiéndose en mi territorio. Esa pequeña zorrita llevaba provocándome desde que comenzó el nuevo curso en la universidad de mi familia. Los Stone poseíamos muchas propiedades, entre ellas la Universidad de Salem. Prácticamente, el pueblo nos pertenecía. Había estado vigilando a Sabrina Roosevelt desde mucho antes de que ella apareciera por la puerta de mi aula. Esos labios regordetes y pequeños tenían mi polla constantemente dura. Quería envolver

su larga melena rubia en mi puño y follarla desde atrás mientras la hacía gritar… de dolor o de placer, todavía no había llegado a una conclusión.

—Comamos en familia —intervino mi padre para apaciguar las aguas—. Y… niños —dijo mirando a mis sobrinos—, conocéis a vuestro tío y os conocemos a vosotros, sois más parecidos de lo que os gusta reconocer. Así que haced el favor los tres de comportaros. Si tanto queréis a esas mujeres, id a por ellas, pero respetaos. Somos familia y ya sabéis cuáles son las normas de los Stone.

Nos retiramos al solárium privado de mi familia, un anexo en el ala este, donde la mayoría de miembros de la Orden tenían prohibido pisar. Teníamos nuestras casas, pero a veces nos gustaba pasar tiempo aquí. El día era hoy soleado y era agradable estar en el comedor del solárium, cada pared era una ventana que daba al jardín trasero. Donde los guardias estaban entrenando a las mascotas que participarían en La Huida de este año. Cada noche de Halloween, la Orden celebraba una fiesta, que básicamente consistía en arrancar de las calles a vagabundos que no hacían más que entorpecer el progreso.

—Este año parece que hay buen género —comentó mi cuñada.

—Hemos buscado lo mejor de lo mejor. Y tendremos una visita especial —respondió mi padre con una sonrisilla.

—¿A quién has invitado? —preguntó mi hermano.

—A un gran amigo y presidente.

Desconecté de la conversación elitista de mi familia. Mis ojos se encontraron con los de Vaughn. Si no fuera porque sabía que era imposible, dudaría de que los gemelos no eran hijos míos. Se parecían más a mí que a mi hermano. Quería a Archibald, pero era un poco pusilánime. Quien de verdad mandaba en su matrimonio y en toda su vida era mi querida cuñada. Un lobo con piel de cordero. Archibald era libre de hacer todo lo que quisiera a puertas cerradas, ella le había dado permiso, y a cambio, mi cuñada era quien manejaba los hilos. No tenía dudas de que la Orden quedaría en buenas manos con ella cuando mi padre decidiera retirarse.

Paulina entró en el solárium ladrando órdenes a otras siervas. Una de ellas se acercó a mí y se arrodilló a mi lado, dejando caer su cabeza en mi muslo.

Acaricié su cabello largo y sedoso, de un dorado que deslumbraba bajo la luz del sol. Pero no era ella, por más que me empeñara en fingir.

Pronto, me prometí a mí mismo. La tendría arrodillada ante mí muy pronto.

Capítulo tres



Sabrina

Mi habitación se encontraba extraña. Sentía como si algo no estuviera en su lugar, pero no sabía identificar qué era. Di un paseo alrededor de la cama, me acerqué a la cómoda… Todo estaba en perfecto orden, tal y como yo lo había dejado. Busqué con la mirada algo que no perteneciera aquí. Pero no había nada. La ventana seguía cerrada, con algunas hojas secas pegadas al cristal mojado por la fuerte lluvia que había caído por la tarde. Dejé el disfraz —que había ido a recoger— encima de la cama y me acerqué a comprobar que los seguros siguieran cerrados. Mis cejas se arrugaron en el centro de mi frente. ¿Qué era esa sensación que se había metido en mi cuerpo desde que puse un pie en mi habitación?

Sentía como si alguien me estuviera vigilando… Mi corazón empezó a latir con fuerza, como si quisiera salir de mi pecho. La calle estaba silenciosa… Pero no era un silencio normal, de esos cómodos y placenteros. Había como un zumbido constante resonando en la oscuridad. De pronto, una sombra se movió entre los arbustos. Di un paso atrás, conteniendo la respiración, sin apartar la vista de la calle oscura, apenas iluminada por las farolas parpadeantes.

La boca estaba abierta, vacía, sin dientes, y, aun así, con curvas imposibles que sugerían que alguien —o algo— estaba a punto de devorarme con la mirada. Blanca como la nieve, pero con un brillo enfermizo que parecía absorber la luz a su alrededor. Mi pecho subía y bajaba. Cada inhalación era una aguja clavándose en mi pecho.

Casi podía sentirlo respirando, percibir un aliento helado que me rozaba la cara, incluso estando lejos. Casi podía ver, en ese hueco donde debería haber una sonrisa normal, cómo la persona tras esa máscara me sonreía, retorcidamente, disfrutando del miedo que me recorría de pies a cabeza.

Y entonces… la sombra se inclinó un poco hacia mí. Un segundo que se volvió eterno. Y en ese instante, supe que ya no estaba sola. Mis rodillas se volvieron gelatina, apenas podía mantener el equilibrio, pero era incapaz de apartar la mirada de la ventana. Di un grito y un respingo cuando Astrid entró corriendo en la habitación y cerró tras ella. Se apoyó en la puerta, con el terror escrito en sus ojos. ¿Lo había visto ella también? No me atrevía a hablar ni ella tampoco. Desvié la mirada de nuevo a la calle, pero allí no había nada ni nadie.

Me puse una mano en el pecho, intentando calmar mi corazón y mi respiración. Quizás solo era alguien haciendo el tonto antes de Halloween. Astrid caminó en silencio hacia mi cama, apartó el disfraz en una silla y se desnudó hasta quedar en bragas, luego se metió bajo las mantas. Hice lo mismo y la abracé, su cuerpo temblaba. Quizás tanto como el mío.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Nada, solo una broma telefónica.

Asentí dudosa. Pero Astrid no hablaría más. Cuando algo o alguien la perturbaba demasiado, solía ignorarlo hasta que todo terminara. Acurrucada en mi pecho, mi amiga se quedó dormida con las manos entre las dos bajo su barbilla.

Cerré los ojos, aunque no tenía demasiado sueño, seguía asustada por el imbécil que me había gastado esa broma. Esta era mi época favorita del año. Pero algunos chicos de las hermandades vecinas eran bromistas empedernidos que esperaban todo el año para dejar volar su imaginación en estas fechas. Escuché un pequeño pitido, como si la alarma de la casa de la hermandad hubiera sido activada. Cada ruido era más sonoro cuando todo estaba en silencio. Los pasos sonaron por la escalera. Una puerta se cerró al fondo del pasillo. La risa de alguien se escuchó estridente, lejana. Después comenzaron

los golpes encima de nosotras y… los gemidos. Astrid y yo nos reímos. A la presidenta de nuestra hermandad le encantaba traer a casa a sus amantes no tan secretos. Hoy era la noche del decano.

El cabecero aporreaba fuertemente contra la pared. Los gruñidos del decano —viejo y arrugado— eran jadeantes, como si estuviera a punto de darle un infarto.

—Es una puta —murmuró Astrid.

—Igual que sus amantes —me reí.

Los gritos de la presidenta se podían escuchar por toda la casa. El viejo decano estaba casado, pero a ella no le importaba siempre que sus privilegios siguieran intactos. Y al decano le encantaba tener un coño joven a su disposición. Sucedía lo mismo con otros profesores de la junta, la presidenta los tenía comiendo de su mano.

—Ese coño debe de valer oro —susurré, haciendo reír a mi amiga.

—Los nuestros también.

—A Vaughn y a Alaric Stone les encantaría probar el tuyo.

Sentí la sonrisa de Astrid. Si yo estuviera en su lugar, jamás se me ocurriría jugar con esos dos psicópatas. Pero mi amiga era muy atrevida y no les tenía miedo.

En cambio, Ward Stone era tranquilo. Las imágenes de él atándome con su corbata inmaculada, azotándome con su mano en mi culo desnudo, follándome como si no hubiera un mañana; mientras me tenía atada, afluyeron en mi mente. De pronto, volví a tener esa sensación. Abrí los ojos y Astrid ya no estaba a mi lado. El reloj de mi mesita de noche marcaba las cuatro de la mañana. Ya no se escuchaban los sonidos de la presidenta follando. No había ningún tipo de sonido. Escaneé la habitación en busca de algo que me indicara que no estaba sola, que no me había inventado esa sensación de ser vigilada.

En la esquina, bajo las sombras, esa máscara. Me cubrí con las mantas, pero estas me fueron arrebatadas. Unas manos enguantadas me sostuvieron las muñecas por encima de la cabeza. Mis ojos fijos en esa maldita máscara.

—Shh —siseó con el dedo índice en la… boca.

Intenté gritar, pero me cubrió con su otra mano. Inclinó la cabeza a un lado. Sonreía, podía notarlo. Un sonido metálico salió de la boca de la máscara. Me ordenó que me mantuviera en silencio si no quería que mi sangre llenara la cama. Cuando apartó la mano, solté un jadeo; ese fue el único ruido que salió de mí. Su mano se deslizó por mi mejilla, el guante de cuero estaba frío al tacto. Se detuvo en el valle entre mis pechos. Lo sentí entonces. Mis pezones estaban tan duros como piedras, a la vista de cualquiera… de él. Era un hombre, de eso estaba segura. Cómo había entrado en esta casa, escapaba de mi comprensión.

Sus dedos se apretaron alrededor de mi pezón izquierdo, haciéndome sisear de dolor. Sin embargo, la tensión en mi entrepierna crecía. Mi coño estaba respondiendo a… esto. El porqué no me era del todo ajeno, pero no quería pensarlo.

—Por favor —supliqué, sin estar segura si era una petición para que se detuviera o para que siguiera.

El hombre no respondió, pero sí se rio y me llamó… zorrita. Su mano bajó por mi vientre, hurgó en mis bragas.

Se le escapó un gruñido gutural desde lo más profundo de su pecho. Sabía por qué. Mi coño siempre permanecía depilado, suave. Sacó la mano y se quitó el guante. Las venas se marcaban en ella. Luego volvió a meterla en mis bragas y deslizar un dedo por mi raja, húmeda y necesitaba. Sentí la vergüenza recorrerme. No debería excitarme con algo así, no con un desconocido que se había colado en mi habitación y me tenía sometida. Un dedo entró dentro de mí y mi espalda se arqueó. El placer fue inmediato, como si hubiera pulsado un maldito botón. Se rio. Introdujo otro dedo. Los movía dentro y fuera, me follaba con ellos. Su pulgar presionó mi clítoris. Las luces parpadeantes de las farolas se hicieron más brillantes.

—Zorrita… —El sonido sibilante salió de la máscara—. Te gusta que te folle un desconocido… —Sus dedos vacilaron un poco, pero luego comenzaron a ir más rápido—. Te encanta que te sometan y te traten como la puta que eres.

Cerré los labios rápidamente, acallando un gemido. Si sus dedos eran implacables, su boca sucia encendía un fuego arrasador. Soltó mis muñecas, pero no me moví, era incapaz de hacerlo y detener esto. La mano que dejó libre viajó a su pantalón cargo negro, bajó la cremallera y vi un rastro de carne

gruesa y venosa. Sacó su polla por el hueco que la cremallera había dejado. Mis ojos se abrieron y mis labios se separaron. Él no dudó y metió la punta en mi boca. Gruñendo, comenzó a entrar y salir de entre mis labios. Cada vez más profundo. Pataleé un poco y entonces se puso a horcajadas en mi pecho, haciendo una ligera presión que me dificultaba respirar. Me dio una bofetada en una mejilla.

—Abre la boca, zorrita, y no muerdas, o te lo haré pagar.

—Por favor…

Mis súplicas quedaron ahogadas por su polla. Se metió hasta el fondo, ahogándome con su carne dura. Apreté sus muslos con mis manos, quería quitarlo de encima de mí para poder respirar. Mi visión comenzaba a nublarse justo cuando sus dedos volvieron a entrar en mi coño. Gemí fuerte. Un gemido que fue sofocado por su polla. La vibración debió recorrerle todo el tronco, porque gruñó. Tenía los ojos fijos en su máscara. Sus caderas se movían encima de mí. La tela de sus pantalones raspaba en mi piel. Pero… estaba a punto de correrme. Por primera vez en mi vida, sentiría un orgasmo. El enmascarado se rio. Su polla se engrosó en mi boca, estaba listo también. Dispararía su semen en mi garganta. Intenté gritar y de nada valió. Me agarró por el pelo con la otra mano y levantó mi cabeza de la almohada unos centímetros. Su polla me golpeaba en la garganta y sabía que me dolería más tarde.

—Te lo vas a tragar todo, ¿verdad?

—¡Mmmm! —grité.

Lo mordí y él gimió. Mis ojos se abrieron, no importaba lo que hiciera, a él le gustaba. El sudor caía por mi frente. El pelo se me pegaba a todo el cuerpo. Estaba sudorosa y pegajosa. Quería esto, lo deseaba. Y no debería ser así. Me vi expuesta, vulnerable. Mis deseos más oscuros corriendo por mis venas. Me corrí. De verdad lo hice y sentí que todo se tambaleaba a mi alrededor. Que el mundo se derrumbaba y a mí me daba igual porque había conseguido tener un orgasmo. Uno fuerte. Sentí mis ojos cerrándose al tiempo que el semen del enmascarado llenaba mi boca y corría por mi garganta.



Me desperté sobresaltada, con Astrid durmiendo a mi lado. Apoyé las manos en el colchón y levanté medio cuerpo. El pelo se deslizó por mis pechos, notaba mis pezones duros y sensibles. Entonces recordé lo que… Miré a Astrid. ¿Todo había sido un sueño? Sacudí la cabeza y parpadeé varias veces. Había soñado con el enmascarado de la calle. No me corrí de verdad, aunque mis bragas estaban empapadas. Me dejé caer en la cama, frustrada por todo.

Ese maldito sueño… Ojalá hubiera sido real. Quería que eso pasara y era algo que jamás admitiría en voz alta. Porque una mujer que deseara ser atada y follada estaba mal visto. Una mujer que quería que la persiguieran y la sometieran era un error que había que subsanar. Una mujer no podía tener fetiches, no podía desear. En cambio, un hombre podía hacer cualquier cosa y sería nombrado héroe del mes. Y esa era una de las razones por las que quería pertenecer a la Orden Dorada. Había escuchado algunas historias cuando mis padres creían que estaban solos. Se decía que en la Orden las mujeres casi eran veneradas, que ellas podían hacer tanto o más que los hombres. Que podían vivir su sexualidad sin ser juzgadas.

Yo quería eso.

Fingir que alguien me estaba persiguiendo por un bosque, ese enmascarado. Quería huir de él y esconderme tras el tronco de un árbol. Esperar a que no me encontrara, pero que finalmente lo hiciera y me obligara a chuparle la polla. Que me abriera las piernas y me follara hasta hacerme gritar de dolor. Sabía que eso era enfermo y retorcido. Y no me importaba.

Haría cualquier cosa para lograr entrar en la Orden, aunque tuviera que acostarme con todos sus miembros y servir de esclava para todos ellos.

Eché un vistazo a Astrid. Ella también quería cosas que nadie debería querer. Leí su diario en un momento de debilidad, no debería haberlo hecho, pero sucedió y ya no podía cambiarlo. Nunca dije nada a nadie y así seguiría. Me pegué a mi amiga, mis pechos aplastados contra su espalda desnuda. Le di un beso en el hombro, ella abrió los ojos y sonrió. Mi mano recorrió su costado y su vientre plano. Su piel era sedosa, delicada y del color dorado,

bronceada naturalmente durante todo el año, contrastando con mi piel pálida como la nieve.

—Hora de ir a clases —murmuré.

—Acabas de joderme la mañana.

—Pero verás a los gemelos otra vez.

Astrid frunció el ceño, aunque no dijo nada. Sentí su cuerpo tensarse. Se tocó el coño por encima de las bragas.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No… —Dudó—. No —dijo con más confianza—. Solo son imaginaciones mías.

Le di un azote en el culo y salté de la cama por encima de ella. Tenía que ducharme y quitarme el sudor seco del cuerpo. El que ese sueño me había provocado.

Capítulo cuatro



Ward

Mi boca se movía sola y la voz salía de mí en automático. No podía dejar de mirarla cuando nadie me prestaba atención y eso era complicado debido a que estaba en mitad de una clase. Pero Sabrina estaba captando toda mi maldita atención. La zorrita se estaba tocando por debajo de la mesa otra vez. Tenía que centrarme en lo que decía y no ponerme duro. Pero ella me lo estaba poniendo muy difícil. Quería subir los escalones y doblarla sobre su mesa, meter los dedos profundamente dentro de su coño y follarla con ellos hasta que me suplicara que me detuviera. Y no lo haría. Porque era una jodida provocadora y merecía ser castigada.

Me aclaré la garganta y les di la espalda a mis alumnos, comenzando a escribir en la pizarra mientras trataba de distraerme de la zorrita rubia que se tocaba el coño en su silla. Di una gran bocanada de aire mientras mi mano se movía por la pizarra, como si ya conociera el camino. Todos mis sentidos estaban sobre esa zorrita. Hoy podía hacer lo que quisiera, pero mañana… Mañana era Halloween y ella sería mía para siempre. Todavía no lo sabía, pero su destino había sido sellado a cal y canto. Ligada a mí de por vida. Sabrina jamás podría escapar de mi yugo.

Eché un vistazo en su dirección. Su mano libre estaba sobre la mesa hecha un puño, con los nudillos blancos por la fuerza ejercida. Mi boca se curvó por un lado cuando se dio por vencida y dio un golpecito en la mesa con su pequeño y delicado puño. Casi me reí a carcajadas. Estaba frustrada, buscando sensaciones que le eran esquivas.

Me giré hacia mis alumnos, ignorando a la zorrita que ahora murmuraba cosas con su mejor amiga. Miré el reloj de mi muñeca justo cuando el timbre sonó.

—Que paséis un buen fin de semana —dije a nadie en específico.

Comencé a recoger mis cosas, me esperaba una reunión en la Mansión con los miembros de la Orden. Alaric y Vaughn pasaron por delante de mí, riéndose entre ellos. Metí en mi maletín la última carpeta con los trabajos de mis alumnos y una cabellera rubia entró en mi campo de visión. Levanté la vista lentamente, recorriendo sus botas de tacón negras que le llegaban por encima de las rodillas. Sus muslos, parcialmente ocultos por unas medias que le llegaban hasta la mitad de estos. Esa minifalda plisada de color grisácea y corta, apenas ocultando su trasero. Me pregunté si llevaba ropa interior. En ese momento, quise inclinarla sobre mi escritorio y comprobarlo por mí mismo… Las cosas que le haría si descubría que se había atrevido a venir a la universidad con el coño desnudo.

Subí hasta sus turgentes pechos —grandes para alguien de su edad y redondos—, cubiertos por ese jersey de punto de lana gruesa. Me picaron las palmas por el repentino deseo de tocarlos y apretarlos hasta que ella gritara. Sí… quería escucharla gritar tan fuerte que todos supieran lo que le estaba haciendo. Me la follaría frente a otros para marcarla como mía públicamente, delante de cada uno de los miembros de la Orden. Recorrí su cuello, envuelto por la tela del jersey, y finalmente llegué a sus ojos ambarinos. Estaban llenos de vida, de curiosidad por esta misma y con un ligero toque de miedo.

—Profesor Stone —musitó con las mejillas sonrojadas. Se mordió el labio inferior—, no quisiera molestarlo, pero…

Entrecerré los ojos cuando se quedó callada, mirándome fijamente.

—Dígame, señorita Roosevelt.

—Es que no he entendido la clase y me preguntaba si podría quedarme con usted un rato más para que me lo explicara.

Me aclaré la garganta. No podía saltarme la reunión de la Orden, pero podía quedar más tarde con ella y darle… clases particulares.

—Ahora mismo no puedo. —La ligera sonrisa que tenía en su cara se esfumó—. Pero podemos quedar en mi casa más tarde, sobre las siete.

—¿De verdad?

—Sí.

Agarré un trozo de papel de mi mesa y un bolígrafo y le anoté la dirección de mi casa y se lo di. Ella sonrió a medida que leía.

—Marblehead —murmuró—. Creí que vivía en Salem.

—Me gusta la privacidad.

Se mordió el labio inferior.

—En Crowninshield hay casas muy grandes.

—Así es.

—Mis padres viven en Chestnut Street… —Se calló al mirarme a los ojos —. Lo siento, tiendo a divagar algunas veces.

—Nos vemos a las siete. No se retrase, señorita Roosevelt.

Salí del aula con la espalda sudando y la polla dura. Tendría que hacer algo con ella. Y no me estaba refiriendo a mi polla, sino a Sabrina. Encontré a Vaughn y a Alaric cerca de su coche, mirando fijamente a Astrid Langford, que era ajena a los dos pares de ojos inquisitivos de mis sobrinos. Empujé a ambos con la mano en la que llevaba el maletín, protestaron un poco, pero obedecieron la orden silenciosa. Entramos en mi coche, ellos detrás y yo en el asiento del conductor. Dejé el maletín en el suelo del asiento del copiloto y agarré el volante con fuerza.

—Ahora no hemos hecho nada —dijo Alaric.

—Lo sé.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Vaughn.

—Quiero que mañana vayáis a La Mansión a por Astrid Langford para poder encargarme de Sabrina como debo, no quiero que su amiga se

interponga.

—¿Has decidido tomarla?

—Sí. Mañana será mía para siempre.

Les conté el resto de mi plan. Ya no soportaba estar lejos de ella por más tiempo. Me ardía la piel al rojo vivo cuando no la veía o cuando no la sentía cerca. Vaughn y Alaric entendieron mi plan y lo apoyaron. Eran dos cabrones sin sentimientos, pero comprendían que la familia era la familia y la lealtad estaba por encima de todo. Mañana, Sabrina también lo entendería, se convertiría en una Stone a ojos de nuestra sociedad.

Conduje por las calles de Salem hasta salir de la ciudad y meterme en el camino privado que iba hasta la Mansión. Estaba totalmente prohibido el acceso a la carretera rodeada de árboles y bosques profundos. Había guardias armados vigilando la entrada. Detuve el coche —un Maserati de este año— junto al de mi padre. En cuanto entré en la Mansión y recorrí sus pasillos, la sierva del otro día se me pegó al costado, siguiéndome a todos lados. Entré en la sala de reuniones y me senté a la izquierda de mi padre. Los otros miembros ya estaban preparados para el comienzo de la reunión. Mi padre comenzó con su pequeño discurso sobre la fiesta que tendría lugar aquí mañana y a la que por primera vez asistiría el presidente. Los miembros de la Orden estaban muy emocionados.

Mi cuñada llamó mi atención, estaba deslizando el dedo por el iPad y, como de costumbre, mi hermano se había ausentado de esta reunión previa a la fiesta anual de Halloween. Agarré mi propio iPad y me conecté a las cámaras de seguridad. Sentía curiosidad de la sonrisa de satisfacción de Berenice mientras observaba lo que fuera que estaba observando. Cliqué en una imagen, luego en otra, después en otra y así hasta que llegué a Sodoma, una habitación donde solo se podían cometer actos inmorales y sexuales. Mi hermano estaba a cuatro patas con las manos atadas en la espalda, uno de los siervos —el que se estaba follando a Berenice el otro día— ahora lo follaba a él por el culo.

Archibald estaba completamente rendido al placer que ese hombre le estaba dando. Lo vi correrse en la tela de seda negra, aunque el siervo no se detuvo. Levanté la vista de la pantalla, encontrándome con los ojos de mi cuñada. Me hizo un guiño. Nunca comprendería la afición que ambos tenían por compartirse con otros, en especial con ese siervo de piel de ébano. Pero era su matrimonio y ellos eran quienes decidían cómo vivirlo. Entrecerré los

ojos, pensando en Sabrina. ¿Me la follaría delante de alguien? Por supuesto que sí, nunca estuve cerrado al voyerismo. De hecho, había participado en orgías de la Orden o me había follado delante de otros a siervas que eran de mi agrado. Me habían usado como juguete sexual varias siervas, se turnaban para follarme y nunca me opuse.

Pero pensar en compartir a Sabrina con otros hombres o mujeres me hacía hervir la sangre. La quería para mí solo y la tendría así, quisiera ella o no.

Mi padre me echó una mirada acusativa por no estar prestando atención a lo que parloteaba uno de los miembros. Y en realidad me daba igual. La fiesta de Halloween de mañana no sería una prioridad para mí, tenía otros planes que debía llevar a cabo. Eso era lo único importante en ese momento. Saqué mi móvil del bolsillo interno de mi chaqueta de traje y abrí la aplicación de seguridad. Ahí mismo, en la maldita pantalla de mi móvil, vi a Sabrina abierta de piernas en su cama, tocándose el jodido coño. No podía escucharla gemir, pero sabía que lo estaba haciendo por los gestos de placer de su cara. Estaba completamente desnuda, preciosa.

Instalé esa cámara cuando ella no estaba. La presidenta de su hermandad me dio acceso a la casa para poder llevar a cabo mi misión. Necesitaba tanto tenerla vigilada que no pensé en que esto era una locura. Ella me llevaba a ese estado límbico entre la cordura y la demencia. Era un puto demente con treinta y tres años y ella apenas tenía veinte. Ninguna otra mujer me había hecho actuar de esa forma tan psicótica. Pero mi padre me hizo entender que ella era la indicada si hacía cosas como instalar cámaras de vigilancia secretas.

Sabrina se introdujo dos dedos en su estrecho coño. Joder, debía de ser muy estrecho y húmedo. Me metería en ella, era una promesa que me hice a mí mismo. Y cuando lo hiciera, la haría gritar hasta dejarla ronca. Aun así, no me detendría ni un solo segundo, seguiría follándola hasta correrme profundamente en su vagina. Me di un apretón en la polla, que se me estaba volviendo a poner como una roca. Mañana tendría la descarga que tanto necesitaba y ella sería mi arma. Usaría a Sabrina para darme placer.

Capítulo cinco



Sabrina

Lo sentía. Alguien me vigilaba, pero estaba sola en mi habitación. Me estaba masturbando, tenía los dedos metidos hasta el fondo, gritando por el placer de ser vigilada. Me estaba sugestionando, lo sabía. Mis labios se separaron para dar paso a un largo y profundo gemido. ¿Me estaba observando ese enmascarado desde la calle? Pero era muy temprano y no había anochecido.

Casi podía tocar el orgasmo, casi podía volver a sentir lo mismo que en ese sueño… pero de nuevo, no funcionó y desistí amargada. Me levanté de la cama golpeando los cojines y el colchón con mis puños. Este asunto me tenía frustrada y enfadada la mayor parte del tiempo. Me tocaba constantemente tratando de tener un orgasmo. ¡Pensaba en el profesor Stone! Ni siquiera su imagen mental podía ayudarme. Me lo imaginaba desnudo y golpeándome profundamente el coño con su polla, a la que imaginaba enorme y venosa, como esos consoladores que quedaron olvidados en el primer cajón de mi mesita de noche.

Me froté la cara con una mano al tiempo que miraba por la ventana. Estaba lloviendo y el viento soplaba con fuerza. Apoyé en el marco de madera la cabeza. Ni siquiera me importaba si alguien pasaba y me veía desnuda. Me sentía triste. ¿Sería así el resto de mi vida? ¿Y si encontraba un hombre que me

gustara y no pudiera hacerme llegar al orgasmo? Él no entendería mis fantasías… Dudaba mucho que alguien lo hiciera. Eran enfermas y retorcidas. Quizás por eso me corrí en el sueño. Ese enmascarado… Suspiré, quedándome embobada, mirando la tarde oscurecerse por las nubes y el paso del tiempo. Anochecía y casi eran las cinco.

De pronto, sentí a alguien detrás de mí. Me giré abruptamente y lo vi allí, al enmascarado. Inclinó la cabeza a un lado. Pegué la espalda al frío cristal de la ventana. Su cabeza bajó lentamente, recorriendo mi cuerpo desnudo. Se dio un apretón en la polla y luego se desabrochó el pantalón. Negué con la cabeza. Mi instinto de supervivencia estaba activo y actuando por cuenta propia. Aunque esa parte oscura y siniestra dentro de mí me decía que me pusiera de rodillas y obedeciera en todo.

Me giré hacia la puerta de salida, cometiendo el error más estúpido del mundo, pues él estaba ahí. Me atrapó por la cintura y me lanzó a la cama. Emití un grito que fue interrumpido por su mano cubriendo mi boca. Grité tras ella y no sabía por qué. Mi cuerpo estaba en guerra. Una parte disfrutaba con esto y la otra quería huir, correr lejos del enmascarado de la calle.

Se inclinó hacia delante, quedando a un palmo de mí. La respiración tras la máscara sonaba agitada, ahogada por el material.

—Sabrina… —murmuró con voz ronca—. ¿Qué hacías desnuda, *zorrita*?

Sacudí la cabeza, negando a… no sabía. Sentí sus dedos entrando en mi coño. Grité. Pataleé. Y eso solo le hizo reír, una risa siniestra y oscura. Sus dedos comenzaron a moverse dentro de mí, frotando lo que yo no era capaz. Grité de frustración, provocando que se riera más fuerte. Sacó los dedos y extendió el brazo para agarrar mis bragas, luego las metió en mi boca, sustituyéndolas por su otra mano. Me giró y me puso bocabajo en la cama. Tenía mis muñecas entrelazadas detrás de mi espalda, las sujetaba con una mano. No podía moverme sin hacerme daño. Intenté escupir la tela de mi boca, pero fue imposible. Escuché la cremallera de sus pantalones deslizarse, abrirse. Esa polla venosa y grande que en mis sueños vi iba a ser sacada de su prisión.

Fruncí el ceño. ¿Estaba soñando de nuevo? Ese sonido fue como el pistoletazo de salida de una carrera en la que mi cuerpo no estaba del todo dispuesto a participar, pero que esas partes más oscuras de mí ya estaban anhelando. No estaba segura de si era un sueño o no. Olía mis bragas,

manchadas con mi humedad; también podía oler esa excitación en el ambiente de mi habitación. Sentía la garganta reseca y me costaba tragar la poca saliva que mis bragas dejaban pasar. Intenté protestar moviendo mis hombros, tratando de zafarme de su agarre. Me soltó. Liberó mis manos, pero solo para poder ahuecar mi teta y apretarla hasta que gemí de dolor con los ojos muy abiertos. Sentí una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo y gemí.

Su risa, amortiguada por la máscara, fue un susurro áspero que me escupió en la nuca.

—Cierra la puta boca, zorrita. Ya has gemido lo suficiente por hoy. Ahora es mi turno de escuchar cómo te rompo el coño.

Sentí el peso de su cuerpo ajustándose sobre el mío, sus muslos de acero abriendo mis piernas, reventando cualquier último intento de pataleo. Su pecho cubrió mi espalda por completo. La humedad fría de su ropa —seguramente mojada por la lluvia— se me pegaba a la piel, un contraste con el calor infernal emanaba de su cuerpo y… del mío. Su olor era un aroma a madera, a peligro y a algo más… algo vagamente familiar que mi mente, intoxicada de pánico y de una excitación vergonzosa que no podía —o no quería— recordar.

Con su mano libre, la que momentos antes había hurgado en mi coño, me agarró de la cadera. Sus dedos se clavaron en mi carne con una fuerza que sabía que me dejarían marcas. Me colocó, me moldeó a su antojo, elevando mi culo ligeramente hasta exponerlo por completo, abriéndome, poniéndome a su disposición. Yo era su muñeca, su juguete a punto de ser reventado.

Se quitó el guante de cuero negro de una mano y escuché el sonido húmedo y grotesco de él escupiéndose en la palma, un sonido que me hizo estremecer de asco y de un deseo retorcido, seguido del roce de sus dedos untándose la polla. Podía imaginarla gruesa y venosa. Luego, la punta de su polla, una cabeza enorme y palpitante, se posó en mi entrada. Resbaló entre mis pliegues, haciéndome gemir y desear algo que no debería. Era una amenaza de carne gruesa, un pedazo de pesadilla que golpeaba a mi puerta, exigiendo entrar.

—Mira —ordenó, y con una torsión brutal de mi cuello, casi dislocándomelo, forzó mi cabeza hacia el espejo apoyado en la pared—. Mira cómo se te abre ese coñito triste para tragarse toda mi polla, zorrita. Mira cómo por fin te llena un hombre de verdad.

Y pude verme. Mi cara de estúpida retorcida, los ojos inyectados en sangre y llenos de lágrimas que no eran de tristeza, la mordaza de tela saliendo de mi boca. Mi cuerpo doblado y exhibido. Y a él, una sombra enmascarada encima de mí, la polla entre mi coño, enorme y lista para destrozarme. La imagen era tan explícita, tan jodidamente humillante, que un nuevo chorro de mi propia lubricación, espeso y caliente, traicionó cualquier último resto de dignidad.

Grité contra las bragas cuando me embistió con fuerza. No fue una penetración, fue un grito insonoro. Una jodida reclamación que me abrió en dos, desgarrándome por dentro con una brutalidad que me arrancó un alarido ahogado. Era demasiado grande, demasiado jodidamente enorme. Un dolor incendiario me atravesó el vientre mientras él gemía en mi oído, un fuego blanco que me hizo morder la tela con rabia y… excitación. Sus dedos se clavaron como garras en mis caderas, asegurándome en mi sitio, forzándome a aceptar toda su polla. A acomodar en mis entrañas una polla que sentía que me llegaba a la garganta.

Se quedó quieto por un segundo, dejando que me ahogara en la sensación de estar siendo reventada por dentro, en el dolor que se transformaba lentamente en una plenitud enfermiza, en una posesión total y degradante. En algo que no debería sentir.

—Joder… —gruñó, su voz sonaba ronca, como si él también estuviera al borde del abismo—. Esto es… esto es con lo que te masturbabas imaginando, ¿eh, zorrita? Esto es lo que querías que te hicieran todos esos cabrones a los que dejaste que te follaran. Pero ellos son unos blandos. Yo no. Yo te voy a dejar el coño inutilizado para cualquier otro.

Y entonces comenzó a follarme de verdad.

No había un ritmo continuo, ni mucho menos compasión. Solo sus embestidas salvajes y un vaivén brutal de sus caderas que parecía querer partirme por la mitad. Cada penetración era un golpe, un castigo que resonaba en mis huesos, como si yo hubiera hecho algo malo en su contra. Cada retroceso era una agonía que mi cuerpo sentía, cada nuevo avance de sus caderas era una satisfacción sucia de todas mis fantasías más oscuras. El constante golpeteo de sus pelotas contra mi clítoris era un tambor sádico, marcando el ritmo de mi propia destrucción. La cama crujía, amenazando con romperse bajo la fuerza de la follada de la que estaba siendo víctima.

Mis gemidos ahogados por las bragas se convirtieron en un quejido continuo, un sonido de animal herido y excitado. Ya no luchaba. Mis músculos seguían tensos. Pero mi vagina estaba completamente relajada para recibir toda su polla, para apretarla, para succionarla con mis paredes internas como la zorrita que él había dicho que era. No se equivocaba, yo lo sabía y él también. Era una zorra sedienta de una polla que me hiciera disfrutar.

Una de sus manos soltó mis tetas y se enredó en mi pelo, tirando de él hacia atrás hasta que sentí que las vértebras iban a ceder. Sus labios, a través de la máscara, se separaban para jadear y gemir. Podía sentir la sonrisa de satisfacción que él tenía.

—¿Lo sientes? —gruñó, su aliento caliente y húmedo en mi oído entre embestida y embestida—. ¿Sientes cómo mi polla te llena? Tu coño me aprieta como una puta desesperada por conseguir su dinero. Gime para mí, zorrita. Gime, joder.

Sus palabras eran sucias, pero mi cuerpo se las bebía como si estuviera sediento. La presión en mi bajo vientre era un dolor constante, una tormenta de oscuridad y placer que había estado gestándose durante mucho tiempo y que ahora explotaba con la violencia de su polla. No era placer, sabía lo que estaba pasando y no me importaba. Me estaba rindiendo ante él. Y lo peor era que tenía razón… Me dejaría inservible para cualquier otro hombre.

Todos los sonidos —por más altos que fueran— se apagaron en mis oídos. Sus gemidos eran lo único que podía escuchar. Mi visión se nubló. Solo sentía su polla, enorme y dura, reventándome por dentro. Soltó mi pelo y su mano descendió entre mis nalgas, sus dedos encontrando el otro agujero, el que nadie había tocado nunca. Ni siquiera yo. La intrusión de su dedo, empapado en nuestros fluidos, presionando contra mi culo, fue el detonante final.

El orgasmo me pilló por sorpresa y me sacudió como un latigazo eléctrico. El de mi sueño quedaba muy atrás contra este. Una convulsión sucia y violenta que me hizo contraerme alrededor de su polla, apretándolo con una fuerza que me dolía. Un grito desgarrado e irreconocible se escapó de entre mis labios secos y chocó contra la tela de las bragas. Mis pulmones ardían. Mi espalda se arqueó y me corrí como una zorra, con una intensidad que me dejó vacía y a mi coño palpitando alrededor de su polla como si no quisiera que se fuera.

Él gruñó —un sonido más animal que humano— y sus embestidas se volvieron aún más descontroladas, más brutales. Su dedo en mi culo se hundió con más fuerza, una promesa silenciosa para otro día. Sentí cómo su polla se hinchaba aún más dentro de mí, cómo palpitaba, y luego el chorro caliente de su semen inundándome, llenando mi vagina con una marca de propiedad que me quemaba por dentro. Su semen era caliente, espeso y parecía no acabar nunca. Cada eyaculación era acompañada por un gemido ronco y gutural que salía de detrás de la máscara.

Lo escuché reír mientras salía de mí y me dejaba un vacío difícil de llenar de nuevo. Mi cuerpo cayó de lado en la cama, con la visión borrosa, pero pude verlo a él jugando con el semen que salía de mi coño. Lo restregó por mi vientre y mi cara sudorosa; dos dedos llenos de ese líquido pecaminoso entraron en mi boca. Lo saboreé, un toque salado y amargo que adoré de inmediato.

Mis ojos se cerraron, agotada por la tensión y el placer que se negaban a abandonarme.



Di un salto de la cama y me caí al suelo. Gimoteé por el dolor en mis rodillas y en las palmas. Sacudí la cabeza, estaba desorientada. No sabía cuándo me había quedado dormida mientras me mastur… Ese hombre otra vez. Me levanté rápido y corrí al baño para ver qué aspecto tenía y confirmar que esta vez no había sido un sueño. Pero mi cara estaba limpia y radiante. Como si nada hubiera pasado. Apoyé las manos en la encimera del lavabo con los ojos clavados en mi reflejo. Me iba a volver loca. Esos sueños eran muy vívidos. Casi podía olerlo en mí. Y era algo imposible, pues estaba bien y nadie podía estar bien después de esa brutal follada.

Respiré hondo y me aparté del espejo. Tenía que darme una ducha rápida y llegar a la casa del profesor Stone, con quien había quedado esta mañana. Llegaba tarde y en el fondo, deseaba que me castigara por ello para comprobar si era capaz de hacerme sentir lo mismo que ese enmascarado en mis sueños.

Capítulo seis



Ward

Sabrina se encontraba distraída, sin prestar atención a lo que llevaba más de una hora explicándole. Estaba jugueteando con un mechón de su pelo, enredándolo en su dedo y soltándolo. Se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza de izquierda a derecha y viceversa. La observé callado, maravillado por su belleza etérea. Parecía la mezcla de un ángel y una hada. Quería acceder a ese mundo interior en el que se encontraba perdida en ese momento.

Tamborileé los dedos sobre la gruesa madera de nogal. Los ojos de Sabrina se posaron brevemente sobre ellos, luego recorrieron el espacio abierto en el que nos encontrábamos. El salón, la cocina y el comedor de mi casa estaban unidos en una sola estancia. El estilo industrial recorría cada rincón del espacioso lugar. Una mansión con ocho habitaciones y más cuartos de baño de los que jamás necesitaría. Los muebles eran de maderas nobles como el nogal y ébano. Su vista se detuvo en un lugar detrás de mí. Abrió mucho los ojos, como si siguiera perdida en sus pensamientos y luego reaccionó.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Claro… ¿Por qué lo pregunta, profesor?

—No hemos avanzado, Sabrina. Llevo más de una hora intentando explicarte el mismo ejercicio.

Soltó un suspiro tembloroso.

—Lo siento mucho, llevo unos días un poco distraída con todo —se disculpó.

—¿Algo o alguien te está distrayendo?

Se encogió de hombros y se quedó en silencio. Esperé pacientemente a que me diera alguna explicación.

—Creo que tengo un acosador y me está provocando… pesadillas —admitió.

—¿Lo has denunciado?

Negó enérgicamente. Entrelacé los dedos sobre el libro abierto.

—¿Sabes quién podría ser?

—No. Creo que no. En realidad, no tengo sospechas de nadie.

La miré fijamente a los ojos. Joder, eran preciosos, llenos de vida y de una expresión inocente y atrevida al mismo tiempo. Ese color ambarino era exótico y llamativo; embrujarían hasta al menos creyente. El flequillo —que enmarcaba su rostro— caía con gracia sobre sus cejas, algo más oscuras. Llevaba el pelo rizado en una cola alta. Se había cambiado la ropa de esta mañana, iba más cubierta, como si quisiera ocultar su cuerpo de los ojos indiscretos, y eso me cabreó. ¿Lo hacía a propósito por ese supuesto acosador?

—Sabrina, ¿tienes miedo?

Sus labios se separaron. Dudó. Luego asintió y no me creí nada. Una persona que tenía miedo no estaba tan tranquila como ella hablando abiertamente de alguien que la estaba acosando. Me levanté de la silla, el ruido de las patas arrastrando por el suelo de madera, sonando por encima de los relámpagos que caían fuera. La lluvia se había intensificado en la última hora. Apoyé las manos en el respaldo de la silla de Sabrina y me incliné hacia delante, pegando mis labios a su oreja. De entre sus labios salió un ligero jadeo.

—¿Por qué me mientes, Sabrina? —susurré, mi aliento acariciando su delicada piel de porcelana—. No tienes miedo.

—Lo tengo —respondió sin aliento—. Profesor Stone…

Con un rápido movimiento, presioné su cabeza contra su libro abierto sobre la mesa de madera, haciendo un ruido estrepitoso. El cuerpo de Sabrina se congeló al instante, se quedó extremadamente quieta con las palmas aplanadas en la mesa.

—No me gusta que me mientan, Sabrina.

—Profesor… por favor.

Me reí secamente. Parecía tan inocente… Y estaba seguro de que solo era una fachada. Quería escarbar en su mente y desentrañar todos sus secretos, hasta los más oscuros. Porque todos teníamos de ese tipo, pero pocos se atrevían a decirlos en voz alta. Me aproximé a ella, inclinándome hacia delante. Mis labios rozaron ligeramente su mandíbula. Nuestros alientos se mezclaron por la cercanía.

—Sabrina —susurré con voz ronca. Su ceño se arrugó unos segundos y luego se relajó—. Dime por qué no tienes miedo de ese acosador.

Su móvil —sobre la mesa— comenzó a sonar. El nombre de Astrid parpadeaba insistentemente. Gruñí y la solté. Sabrina se apresuró a tomar el puto dispositivo y atender la llamada. La escuché atentamente mientras le daba la espalda y me apretaba la erección que había crecido en mis pantalones. Le decía a su amiga que estaba ocupada. Astrid Langford parecía muy alterada y no dudaba de que los gemelos demonio tuvieran algo que ver con ese estado de histeria de la mejor amiga de Sabrina. La silla se arrastró por el suelo, miré hacia ella por encima de mi hombro. Sabrina estaba recogiendo sus cosas apresuradamente al tiempo que me miraba con cautela.

—¿Dónde crees que vas? —pregunté.

—Tengo que irme, profesor.

Me di la vuelta y me acerqué a ella, atrapándola entre mi cuerpo y la mesa. Bajé la cabeza, dejé un palmo de distancia entre nuestros rostros.

—Me pediste una clase particular, Sabrina.

—Lo sé —musitó—. Pero Astrid me necesita, profesor.

En silencio, froté mi erección por su vientre, provocando que sus ojos se abrieran. Nunca había querido tanto follarme a alguien como a ella y conservarla para más tarde… para siempre. Deslicé una mano por el exterior de su muslo, levantando ligeramente su falda plisada, de otro color diferente a la que llevaba esta mañana. Metí la mano por dentro y palpé su nalga desnuda. ¿No llevaba ropa interior? Gruñí y la hice subirse sobre la mesa. Abrí sus piernas bruscamente. Sabrina estaba conmocionada. Levanté la falda y comprobé si llevaba bragas o no. Era un puto tanga de transparencia. Su coño estaba a la vista de cualquiera que se agachara y mirara hacia arriba.

—¿Q-qué hace? —tartamudeó.

—Comprobar lo puta que eres, Sabrina. —La miré a los ojos—. ¿Eres una puta barata que se vende por unos cuantos dólares?

—N-no.

—Mentirosa —gruñí, apretando sus muslos—. Te gusta que te miren, ¿verdad? Tu coño está empapando la poca tela del tanga.

—Profesor Stone, me está asustando.

Una risa áspera y amarga salió de mí. ¿Por qué seguía mintiendo? Ella quería esto. Ahuequé su coño con mi palma, rozando su clítoris con mi dedo corazón. Sabrina jadeó a la vez que dio un respingo. Presioné ligeramente y ella respondió con un gemido bajo.

—Está caliente, Sabrina. —Aparté el tanga a un lado y metí el dedo entre sus pliegues húmedos—. Quieres que te follen, ¿verdad? Tengo una polla dura y deseando sentir un coño.

—T-tengo que irme.

—A mí me parece que no, Sabrina.

Me distraje un segundo, un segundo que ella aprovechó para empujarme y salir corriendo lejos de mí. Sonreí. No la perseguiría, no esta noche. Tampoco tenía planeado tocarla de esta forma siendo el profesor Stone. Pero no pude resistirme. Sabrina era como un pastel de chocolate que daba vueltas en un expositor, tentando a los transeúntes. Me lamí los dedos mirando hacia la puerta abierta de mi casa. Ni siquiera había cerrado tras ella y no me importaba. El sabor de su coño se filtró por mis papilas gustativas y me hizo

gruñir como un animal. A veces era como me sentía, sobre todo cuando estaba cerca de Sabrina.

Saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón y activé el localizador de su coche. Se alejaba de Marblehead a toda prisa, como si el Diablo la estuviera persiguiendo. Lo haría. Mi zorrita no lo sabía, pero mañana por la noche, el Diablo la visitaría en persona.

Me dirigí a mi habitación. Le eché un ligero vistazo a la cama intacta en la que me había negado a dormir sin ella, hasta que mañana la tuviera ahí. La ataría y la usaría, la haría gritar y llorar mientras mi polla estaba profundamente enterrada en su coño. Le mancharía el cuerpo con mi semen y la follaría con la empuñadura del puñal que descansaba en la peana de hierro forjado con forma de calavera. El símbolo de la Orden Dorada. Una calavera con un puñal atravesándole el cráneo. Saqué el puñal y lo observé. La empuñadura era redonda y gruesa, perfecta para el estrecho coño de Sabrina. Le di una lamida larga, como si pudiera sentir sus fluidos empapando el material de platino.

Me juré a mí mismo que mañana la obligaría a lamerlo después de que me corriera sobre la hoja. Sabrina sucumbiría a mi oscuridad, la arrastraría conmigo a ese mundo que tanto anhelaba desde hacía años. Dejé el puñal en su sitio y me acerqué a la mesita de noche, dando un ligero vistazo a las cuerdas de cuero que envolvían los cuatro postes de mi cama. Me había preparado para mañana. La llegada de Sabrina a mi casa lo cambiaría todo. Ella se quedaría aquí para siempre. Abrí el cajón de la mesita de noche y agarré la copia del diario de ella. La presidenta de su hermandad me lo consiguió por un módico precio. Esa puta se vendía al mejor postor. Una vez intentó vender su cuerpo a mi padre y él se rio en su cara.

Abrí el diario por la página veinte, la tenía muy marcada y no solo con tinta. Me había corrido sobre ella, imaginando que tenía a Sabrina en la situación que describía con tanto detalle. Quería ser atada. Quería que la follaran delante de otros. Quería chupar una polla hasta que la mandíbula le doliera. Quería ser sometida después de huir. Pero le daba miedo pedir eso en voz alta, miedo a ser tachada de enferma y retorcida. Le daría justo lo que buscaba. La fiesta de la Orden sería el evento perfecto para cumplir todas sus fantasías. Durante la Cacería, sería soltada junto con las otras presas, pero nadie podría tocarla a ella. Mientras que los otros serían asesinados… Yo entraría en el recinto con esa máscara que tanto le excitaba y la perseguiría hasta follármela sobre los cadáveres de las presas.

No podía esperar a que llegara mañana. La ansiedad me estaba abrumando.

—¿Ward? —La voz de Berenice me confundió, ella no solía venir por mi casa—. Ward, ¿dónde estás? Necesito hablar contigo sobre Archibald.

Guardé el diario de vuelta en el cajón y me levanté, ajustándome el traje y la erección que no había bajado ni un poco. Salí al salón, donde Berenice me esperaba, con su vestido y sus tacones de diseñador, el bolso colgando de su antebrazo y su gabardina hasta las pantorrillas. Metí una mano en mi pantalón de traje y me detuve detrás de mi cuñada. Se sobresaltó cuando me notó cerca de ella.

—Tus sobrinos hacen lo mismo —protestó.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—Quiere algo que no sé si estoy dispuesta a hacer.

—¿Y qué tengo que ver yo en eso?

—Mucho, porque te afecta indirectamente.

Fruncí el ceño, pero estaba expectante.

—Habla —ordené.

Berenice respiró hondo y soltó el bolso y la gabardina en el sofá. Puso una mano en su cadera. Mi cuñada, que apenas tenía treinta y ocho años, se había casado con mi hermano al cumplir la mayoría de edad, pero ya llevaban unos años comprometidos. Mi padre y los de mi cuñada llegaron al acuerdo, antes de que fallecieran en ese… accidente, habían sido miembros de la Orden. Berenice se quedó embarazada al mes de estar casada con mi hermano. Yo solo era un adolescente de catorce años cuando todo pasó.

—Quiere ver cómo me acuesto con vuestro padre —dijo sin rodeos.

—¿Mi hermano quiere ver cómo nuestro padre se folla a su esposa? —Se me escapó una risa que hizo sonreír a mi cuñada.

—Está loco, lo sabes.

—Sí, Archibald está enfermo de lujuria, Berenice. Me extraña que te hayas dado cuenta ahora.

Me dio un ligero empujón por el hombro. Berenice era una mujer guapísima y no dudaba de que a mi padre le gustaría estar en la misma cama que ella, follándosela hasta dejarla inconsciente. Pero no estaba tan seguro de que le gustara la idea de que mi hermano estuviera mirando.

—No va a aceptar —le dije a mi cuñada.

—Lo sé. —Se cruzó de brazos—. Por eso le he dicho que solo podría vernos a través de una pantalla.

—¿Te quieres follar a mi padre?

Berenice bufó.

—Tu padre es joven, apenas acaba de cumplir los cincuenta y nueve. Se cuida y es guapo, no ha perdido ni una sola pizca de masculinidad, todo lo contrario. Y lo más importante, sabe follar bien.

Me reí.

—Entonces, ¿qué tengo que ver yo con este asunto y por qué has dicho antes que no estabas segura si ibas a poder? Es obvio que quieres —pregunté.

—Quiero, pero no a costa de la familia. Y Archibald quiere saber tu opinión, pero no se atreve a preguntártelo él mismo.

—Y te ha enviado a ti. —Negué con la cabeza—. Archibald es un maldito pusilánime.

—Lo sabemos todos, incluso él. Pero vive bien en su burbuja, yo me encargo de los negocios y la parte sucia y él disfruta de la vida. Nos va bien.

—¿Y cuándo sería la ocasión?

—Mañana, durante la fiesta de la Orden. Quiere que tu padre me cace.

Esbocé una sonrisa amplia. Archibald había salido demasiado parecido a nuestra madre, un ser débil por naturaleza. Pero no se podía negar que los genes Stone corrían por sus venas. Asentí a mi cuñada. Me daba igual lo que hicieran y si mi hermano necesitaba mi aprobación, la tenía.



Sabrina

Tenía la ropa empapada por la carrera hacia mi coche desde la casa del profesor Stone. No sabía por qué había huido así si quería que pasara lo que precisamente estaba sucediendo con él. Había soñado con ese momento, el ser sometida por alguien como Ward Stone. Pero de repente me sentí tentada a correr, a huir. Suspiré mientras detenía el coche delante de la biblioteca municipal. La lluvia aporreaba con violencia el coche y sentía que el viento lo sacudía, aunque no fuera así. Estaba temblando, tenía ganas de regresar y enfrentarme a mis demonios, esos que me gritaban obscenidades y ponían mis mejillas rojas.

Seguí con la mirada a mi mejor amiga, apenas visible por la intensa lluvia. Entró en mi coche empapada, sus rizos oscuros ahora parecían mucho más largos y casi estaban deshechos. Miraba de un lado a otro, detrás de nosotras, a la izquierda y luego a la derecha. Sus ojos recorrían todo menos a mí. ¿Se habría dado cuenta de mi presencia? Moví la mano delante de su cara, obteniendo cero unidades de respuesta. Mis cejas escalaron por mi frente. Nunca había visto así a Astrid. Abrazaba sus libros con una fuerza férrea, hasta el punto de que los tenía presionados contra su pecho. ¿Estaba

respirando? Veía el movimiento continuo de su tórax, pero no escuchaba su respiración.

Pisé el pedal del acelerador y di un frenazo a la vez. Astrid soltó un gritito y puso las manos en el salpicadero del coche, sus libros cayeron al suelo y mi corazón salió por mi boca. El gato negro en mi capó maulló y luego desapareció de nuestra vista. ¿Cuándo había saltado ahí? Y lo más importante, ¿desde cuándo en Salem había gatos callejeros? El alcalde era cuidadoso con el tema de los animales abandonados, quería dar buena imagen ante el turismo de la ciudad, sobre todo en esta época. Perdí de vista al animal. Mi amiga se apresuró a recoger los libros que se le habían caído, que también estaban mojados.

Escuché a Astrid murmurar algo en voz baja. Trasteó en su móvil y me enseñó la pantalla cuando me detuve en un semáforo en rojo. Mi ceño se arrugó por la imagen grotesca.

—¿Qué…? —Las palabras no salieron de mí—. Aparta eso de mi vista.

—Hay más, Sabrina. Cientos… quizás miles.

—No seas exagerada.

—¿Exagerada? ¡Son conejos muertos en mi armario y las sombras de unas pollas!

Afiné los labios, no quería reírme, pero era gracioso… la última parte, la primera no era nada graciosa, sino espeluznante. Astrid no se calmaba por más que le dijera que solo eran bromas previas a la Noche de Halloween. Cada año solían ocurrir cosas de este tipo. Sin ir más lejos, el año pasado, un grupo de alumnos —hijos de gente importante— se coló en el despacho del decano y esparcieron por todos lados sangre de gallina. En una de las paredes dibujaron un mensaje amenazante. El decano tuvo que llamar a los padres de ellos responsables, las cámaras de vigilancia de su despacho los habían delatado y a los muy imbéciles no se les ocurrió que eso podía pasar. Aunque no fueron castigados. Sus padres, aunque no eran la familia Stone ni ninguna otra más poderosa del pueblo, tenían dinero y habían pagado por una remodelación completa del despacho del decano. Así que el suceso quedó archivado.

Me paré en el Starbucks de la calle principal. Corrí bajo la lluvia y en cuanto entré en el local, el calor me golpeó con fuerza. Me froté los brazos con las manos. Hacía frío y la ropa mojada empeoraba mi situación. Me

acerqué al mostrador para pedir dos Caramel Machiatto. Metí la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón para pagar con mi móvil. Mis ojos se abrieron como platos.

—Yo… —balbuceé—. Necesito ir un momento a mi coche, se me ha olvidado la cartera.

Sentía las mejillas ardiendo, nunca antes me había pasado esto. Regresé al coche, la lluvia parecía haberse calmado un poco mientras esperaba en la larga cola de Starbucks. Busqué mi móvil por todos lados, incluido debajo del asiento y en mi bolso. Astrid estaba perdida en sus pensamientos otra vez. Empecé a ponerme nerviosa, no encontraba el dichoso móvil por ningún lado. Saqué un par de dólares de mi cartera y volví a Starbucks. Cuando pagué los cafés y me subí al coche, dejé los vasos en los portavasos de la consola central. Agarré el volante con ambas manos y apreté con fuerza.

Recosté la cabeza en el reposacabezas. Me había dejado el móvil en casa del profesor Stone. ¿Qué iba a hacer? No lo vería en la universidad hasta el lunes y si volvía, no sabía qué podía pasar entre nosotros.

—Astrid —murmuré—, ¿me dejas tu móvil para hacer una llamada?

Mi amiga lo extendió sin mirarme. Sacudí la cabeza. Estaba jodidamente distraída. Marqué mi número y lo puse en mi oído. La risa del profesor sonó rápidamente al otro lado.

—*¿Me lo devuelve?* —pregunté nerviosa, mordiéndome el labio inferior.

—*¿Por qué no vienes a por él, Sabrina? Sé que no es por miedo.*

—*Porque no… Profesor Stone, por favor, devuélvame mi móvil.*

—*Ven a por él si tanto lo quieres de vuelta.*

La llamada se colgó. Se colgó… ¡Me ha colgado! Comencé a insultar la pantalla del móvil de Astrid, como si el profesor todavía pudiera escucharme. Desearía que lo hubiera hecho, porque se merecía todos esos insultos. Era un arrogante. Bastardo presumido y guapo. Emití un gruñido, haciendo reír a Astrid.

—¿Por fin has vuelto? —le pregunté.

—¿Cuándo me he ido?

—Que te jodan, zorra.

Mi amiga soltó una carcajada. Conduje a nuestra casa mientras el reloj avanzaba hacia la noche. Astrid me contó todo lo que le pasó y por lo que había estado tan distraída. Nos reímos de la locura, pero ambas llegamos a la conclusión que solo eran malditas bromas. Seguramente eran los putos Alpha Sigma Noctis, la mayor fraternidad de la universidad. Alaric y Vaughn Stone pertenecían a dicha fraternidad. Esos cabrones elitistas solían hacer bromas duras. Un año, secuestraron a otro estudiante y lo "crucificaron" en la entrada del edificio de los profesores, donde se encontraba el despacho del decano. El pobre chico pasó toda la noche de pie, con brazos y piernas extendidos en forma de estrella. No lo volvimos a ver por la universidad.

Detuve el coche junto al de la presidenta justo cuando el móvil de Astrid sonó, me lo extendió.

—Es tu padre —dijo.

—Joder.

Deslicé el dedo en la pantalla y esperé a que me regañara por no haber atendido sus llamadas en mi móvil, pero su regaño nunca llegó. Mi padre estaba feliz, muy feliz. Un hombre vestido completamente de negro, y con un tatuaje en la muñeca de una máscara dorada de pájaro, le había entregado un sobre negro y elegante, con bordes dorados y un sello de lacre de oro. Solté un suspiro. A mis padres les había llegado la invitación oficial de la Orden Dorada.

—*¿Cuándo?* —le pregunté.

—Nos han invitado mañana a la fiesta de Halloween. Tu madre y yo hemos salido a buscar un atuendo adecuado para la ocasión. Las indicaciones dicen que debemos vestir completamente de negro, allí nos darán las máscaras.

—*Bien, papi. Me alegro mucho por vosotros.*

—*Sé que tienes que ver con esto, por la invitación a la Casa Umbra. La familia ganará poder gracias a ti, cariño.*

—*No tienes nada que agradecer, papi. Siempre has velado por el bienestar de la familia. Me alegro mucho que se esté cumpliendo tu sueño.*

—*Te quiero, Sabrina.*

—*¿La enana está feliz?*

—*Tu hermana ya está planeando qué hará cuando vaya a la universidad el año que viene. Cree que será una especie de celebridad o algo así.*

—*Estoy segura de que lo será* —me reí—. *Papi*…

Mi voz se cortó de repente, al ver la horrenda máscara tras el tronco de un árbol, alumbrada parcialmente por la luz parpadeante de una farola. Mi corazón se aceleró. Envuelto por la oscuridad de la noche, casi pude ver su sonrisa y escuchar su risa, esa que había estado presente durante esos sueños tan raros. Todo parecía estar en silencio, demasiado silencioso, como si la gente de pronto hubiera desaparecido. Miré a mi lado, Astrid no estaba. Colgué la llamada y salí del coche.

—¡Astrid! —grité, pero nadie respondió.

Una mano se posó en mi hombro, di un respingo por el susto y me giré al mismo tiempo. Mi amiga tenía los ojos muy abiertos.

—Están aquí —jadeó.

La tomé de la mano y corrí todo el camino hacia la casa, bloqueando el coche a distancia. Subimos las escaleras al trote, nerviosa, y nos encerramos en mi habitación. Cerré las cortinas, no sin antes ver a ese maldito enmascarado metido entre los arbustos, observando fijamente mi ventana. Me enfadé. Las bromas estaban yendo demasiado lejos este maldito año.

Me di la vuelta y di un grito que me hizo daño en la garganta.

—Por el amor de Dios, Astrid, me va a dar un infarto.

—Están aquí —repitió.

—Son los malditos Alpha Sigma, no nos volvamos locas.

Respiré hondo. Esos cabrones nos estaban jodiendo. ¿Por qué? No lo sabía. Normalmente, no se metían con nadie de esta hermandad, éramos intocables, como ellos. Pero este año parecían haberse saltado esa norma. Algo vibró. Miré por encima de mi hombro hacia la cómoda junto a la ventana. Me dio un puto vuelco el corazón. Mi móvil se iluminó. Mi… móvil. Pero yo… lo había dejado olvidado en casa del profesor Stone. La pantalla se iluminó otra vez, saltó un vídeo. Una voz mecánica y siniestra sonó en alto. Tragué grueso.

—Hola, zorrita. Llevo mucho tiempo observándote. Pensando en ti. En poseerte. Y por fin ha llegado el momento. ¿Estás mojada para mí?

El vídeo se cortó solo. ¿Qué coño…? No entendía nada de lo que acaba de pasar. ¿Cuándo había aparecido mi móvil aquí? ¿Lo había traído el profesor Stone? Me froté la cara con las manos. Quien sea que estuviera jugando conmigo, se había esforzado.

—¿A quién te has follado, puta? —me preguntó Astrid—. No habrás sido a alguien del departamento de informática, ¿no? Son unos perdedores, Sabrina.

—No me he follado a nadie. No sé qué es todo esto.

Astrid suspiró.

—Creo que Halloween no es tan divertido este año.

Me reí. Agarré el móvil y lo examiné. No había ni rastro de mensajes nuevos o un vídeo. No sabía qué había pasado y ahora, tampoco quería saberlo. Lancé el puto móvil a la cama.

—Mañana va a ser nuestra noche —dije con seguridad—. Nos lo vamos a pasar de puta madre y nos vamos a olvidar de los gilipollas de los Alpha Sigma.

—¿Es una promesa?

—Y un hecho.

—¿A quién nos vamos a follar?

—No lo sé, mañana lo decidimos.

Nos cambiamos de ropa riéndonos y hablando sobre la fiesta de mañana en la Casa Umbra. Ambas necesitábamos esa distracción para no pensar en lo que acababa de ocurrir. Aunque conocía bien a Astrid y sabía que no se calmaría tan rápido, algo la estaba rondando y no me lo contaba.

Cuando me metí en la cama, después de cenar, sentí como si alguien me estuviera vigilando. Pero en la habitación solo estábamos Astrid y yo y ella estaba entretenida viendo vídeos de conejos en su móvil y riéndose. Eché un vistazo a mi habitación, no había nada fuera de lugar, todo estaba como lo dejé antes de irme a casa del profesor Stone. Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, deslicé la cortina lo suficiente como para ver hacia la calle. El enmascarado no estaba… Lo vi moverse a la derecha, bajo una farola apagada.

Apenas podía verlo bien, pero allí estaba, impertérrito. No podía dejar que el miedo me ganara. Me reí de mí misma. Miedo… No era eso lo que sentía en estos momentos.

Me alejé de la ventana y volví a la cama con Astrid. Le di las buenas noches y cerré los ojos. Ojalá volviera a soñar con ese enmascarado.

Capítulo ocho



Sabrina

El disfraz era perfecto y me hacía olvidar el día de ayer, que fue una locura. La noche no había sido mejor, me desperté varias veces solo para comprobar que todo estuviera en orden. Astrid fue la que mejor lo pasó. La hija de puta durmió de un tirón sin problema, ojalá tuviera su don.

Deslicé las manos por los costados ajustados del corsé nácar con manchas de sangre falsa. Era perfecto y me quedaba como un guante. Me giré hacia Astrid, que levantó los dos pulgares. Negué con la cabeza.

—Vamos a pasar frío —dije suspirando.

—Nos calentaremos con dos buenorros con pollas enormes.

—Astrid… no sabemos quiénes van a asistir a la fiesta de la Casa Umbra.

—Alaric y Vaughn, te presto uno… Mejor, no.

Puse los ojos en blanco y luego reí. Estaba loquísima y, aun así, la quería un montón. Me puse una chaqueta por encima, no estaba dispuesta a pasar frío de camino a la localización del lugar de la fiesta, aunque pondría la calefacción del coche a tope. Le di un azote a Astrid en el trasero desnudo y

ella se volvió hacia mí, señalándome con el dedo índice y protestando porque eso solo se lo permitía al tipo con el que se fuera a acostar esta noche. Su disfraz apenas dejaba algo a la imaginación. El mío… tampoco, si era sincera. Los pezones —duros como guijarros— presionaban contra la tela desgastada del corsé, podían verse a simple vista si la luz estaba encendida.

Nos subimos a mi coche, con el GPS dándonos las primeras indicaciones, y arranqué el motor. La noche oscura era fría y húmeda, las nubes amenazaban con soltar la lluvia en cualquier momento. No tenía ni idea de cómo volveríamos a casa, la posibilidad de llamar a un taxi era inexistente y no me arriesgaría a conducir borracha. Pero ya lo pensaríamos más tarde. Los padres de Astrid y los míos no iban a estar disponibles, estarían pasándoselo bien en la fiesta de la Orden.

A medida que dejábamos atrás la ciudad y el camino se volvía más sombrío, comencé a sentir nervios. Qué nos deparaba esta noche, no lo sabía. Solo esperaba o tenía el deseo de encontrar a alguien que me cumpliera alguna fantasía estúpida que rondaba por mi cabeza desde aquel primer sueño con el enmascarado. Anoche no soñé con él y… lo extrañé.

Mi ceño se frunció, una cola de coches elegantes y oscuros nos esperaba en un camino privado. Los guardias —armados y vestidos de negro con pasamontañas negros— daban paso tras comprobar quién iba dentro de cada coche. Me detuve detrás de un Porsche negro impoluto. Delante de él, se encontraba otro de importación. Estaba claro que todos los que asistían a esta fiesta eran de la alta sociedad. Astrid soltó un gritito de emoción. Mis dedos golpeaban el volante de mi Aston Martin, mi padre me había sorprendido con él para mi cumpleaños en abril. El color rojo resaltaba entre los demás. Me mordí el labio inferior, soltando una risilla. Uno de los guardias se acercó a nosotras cuando la cola avanzó hasta las verjas de hierro forjado con formas raras… de una calavera con un puñal atravesando el cráneo. El guardia nos apuntó con una linterna a la cara y nos observó con sumo cuidado. Tenía los ojos cobalto.

—Sigan y aparquen por el lado derecho —dijo al otro lado de la ventanilla.

Asentí y avancé como me dijo. Giré a la derecha por un camino apenas alumbrado.

—Ninguno de los otros coches vienen por aquí —señaló mi amiga.

Tragué grueso. La imponente mansión de estilo victoriano se quedó detrás. Me detuve a un lado del camino y salí del coche. ¿Qué estaba pasando? Alguien tiró de mi brazo, los dedos se apretaban alrededor entre el codo y mi hombro. Era un maldito guardia. Astrid gritó detrás de mí, pero no pude verla, no estaba. Intenté protestar y deshacerme del agarre del guardia. Me apuntó con su arma… ¿Un fusil?

—No se mueva, señorita, se lo pido por favor.

—Suéltame —mascullé.

—No me obligue a hacerle daño o me castigarán.

—¿Dónde me llevas?

Mis tacones comenzaron a hundirse en tierra mojada. El guardia se percató y me echó sobre su hombro ante mi repentina lentitud. Grité y pataleé, pero no sirvió de nada. La oscuridad opaca me envolvió, no podía ver nada. Escuchaba algunos murmullos y respiraciones agitadas. Algo se iluminó… o más bien alguien. Esa maldita máscara apareció tras un cristal. El enmascarado que me observaba en la universidad, con el que había soñado, estaba aquí. El guardia me dejó en algún lugar y tropecé hacia atrás, no sabía con qué hasta que habló. Era una persona. Miré rápidamente hacia la ventana, pero la luz ya se había apagado.

Mi corazón latía rápido y fuerte dentro de mi pecho, me froté con los nudillos, dolía.

—¿Qué es esto? —pregunté, no sabía a quién.

—La Cacería —respondió alguien, una mujer.

Vi un destello y luego se alumbró su cara, que me resultó familiar y no sabía de dónde. Tenía el pelo tan oscuro como la noche y los ojos azules como el hielo concentrado, vacíos. Me dio escalofríos. Ella sonrió como si supiera de qué iba todo esto, como si estuviera aquí voluntariamente. Algo que no parecía suceder con los demás. Había algunos llantos. Y yo, definitivamente, no quería estar aquí.

Una voz sonó por el altavoz, la de un hombre. Informaba que la Cacería estaba a punto de comenzar y que los cazadores entrarían en el recinto en menos de un minuto. La mujer me tomó de la mano y me llevó a un rincón, se

agachó a mis pies y me quitó los tacones, luego se puso de pie e hizo lo mismo con mi velo.

—Corre, no mires atrás. Nadie te tocará… solo él.

—¿Él?

—El Diablo, cariño —dijo riéndose—. Huye de él.

—¿Qué me hará si no huyo? —pregunté curiosa.

—¿De verdad quieres saberlo? —Asentí ligeramente, no sabía si podía verme bien, yo apenas la distinguía en la oscuridad—. Daño, cariño. Y él tiene formas muy dolorosas de imponer su voluntad. Aunque… creo que no sería capaz de tocarte. Aun así, es mejor no provocar al Diablo.

—¿Y si me atrapa?

— Te follará de formas que tu pequeña cabecita de veinteañera no puede imaginar.

El aire se atascó en mi garganta y la mujer se rio. Su risa… la escuché antes, pero, ¿dónde? Y ella sabía mi edad… Una alarma sonó y unas puertas de acero se deslizaron por el suelo, dando paso a un largo pasillo alumbrado. La silueta de un grupo de al menos diez personas apareció y… el enmascarado estaba en primera fila. Todos llevaban algún tipo de máscara, pero yo solo podía fijarme en ese hombre.

—¡Corre! —gritó la mujer, justo cuando algunos del grupo de la puerta sacaron machetes y cuchillos.

Me horroricé antes de que mis piernas decidieran obedecer las órdenes histéricas de mi cerebro y empezaran a moverse. No sabía por dónde ir, solo seguí a la mujer al exterior. Otras puertas se habían abierto, dando paso a un enorme jardín lleno de arbustos verdes perfectamente cortados de al menos tres metros de alto. Era como la entrada a un… laberinto. La mujer corrió hacia la izquierda, mientras que los otros corrían hacia la izquierda. La seguí a ella, porque parecía saber por dónde ir, quizás hacia una salida de este lugar. Escuché gritos detrás de mí, pero no me atreví a mirar.

Perdí de vista a la mujer con solo un parpadeo. Me detuve abruptamente, dos caminos se abrían ante mí; uno seguía recto, el otro hacia la izquierda.

—Zorrita…

Mi corazón se aceleró. Me llamaba como en el sueño. Un escalofrío recorrió mi columna. Sentía cerca a ese hombre. Decidí ir por el camino de la izquierda, luego por la derecha. Atravesé un largo camino hasta que me topé con un callejón sin salida. Algo se escuchó en el aire, miré hacia arriba y vi un dron de seguimiento. Me estremecí. Una risa siniestra resonó como un eco.

—Mierda —jadeé, y volví a correr, volviendo por donde vine y luego girando en sentido contrario.

Los arbustos pasaban a toda velocidad por mis lados. Seguí y seguí corriendo, hasta que me detuve en un rincón. No sabía dónde me encontraba, si había una salida cerca o si ese enmascarado me perseguía aún; de esto último estaba segura que sí. Me escondí detrás de una estatua de… la muerte. ¿Qué era este lugar? Creía que veníamos a la fiesta de la Casa Umbra. Y a todo esto… ¿dónde estaba Astrid? Alguien se la había llevado, pero no la había visto por aquí. Deslicé la espalda por el arbusto, mi culo tocó la tierra húmeda. Tenía los pies llenos de tierra y hierbajos.

Escuché un sonido extraño, seguido de un gruñido masculino. Miré hacia la izquierda por encima de mi hombro. El sonido se hizo más fuerte, era un gemido. Me levanté sin hacer ruido y me acerqué hacia el origen de esos gemidos y gruñidos. Mis cejas escalaron por mi frente. En un rincón del laberinto se encontraba esa mujer de rodillas. Un hombre con una máscara de calavera le estaba follando la boca y sobre ellos había un dron sobrevolando la zona. El hombre la abofeteó en una mejilla. Ella… ¿sonrió? Incliné la cabeza a un lado, hechizada por la escena.

Mi corazón dio un vuelco cuando una mano se posó en mi boca. Un aliento cálido y espeluznante acarició mi oreja. Alguien grande y corpulento se puso detrás de mí. Sabía quién era, su olor… Mis ojos se abrieron como platos. El olor era como el del profesor Stone, pero esa mano enguantada… Le di un codazo en el abdomen que no sirvió para nada. Su mano se apretó en mi boca.

—Zorrita —gruñó en mi oído—, será mejor que te comportes. —Soltó una risa perversa—. ¿Te gusta mirar? —Grité tras su mano.

Me empujó con su cuerpo hacia delante, escondiéndonos tras un arbusto. Sus dedos recorrieron mi muslo desnudo con paciencia, sin correr, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si fuera dueño de ambos. Por un momento, sentí que así era. Su aliento recorrió mi cuello. Me olfateó y gruñó.

Mi cuerpo sufrió un espasmo, la corriente eléctrica llegó hasta lo más profundo de mi cerebro. Me pegué más a él, haciéndolo reír.

—Te encanta que te persigan, ¿verdad, zorrita? —Asentí—. ¿Quieres que te folle?

—No…

—Mientes, zorrita.

Me inclinó hacia delante con una mano en mi espalda, el dron sobrevolando por encima de nosotros, haciéndome sentir expuesta porque sabía que nos estaba grabando. Quién nos observaba, no lo sabía. Pero me excitó pensar que alguien nos miraba lascivamente mientras él metía su mano bajo las capas de tul de mi falda. Sus dedos hicieron a un lado mi tanga. No era delicado, no me trataba como una florecilla a punto de romperse con el viento, era brusco y me gustaba. Quería ser tratada así. Sus dedos entraron en mi interior, tal y como había soñado esas dos veces.

El cuero de sus guantes se sintió frío contra el calor de mi interior. Invadida, así me sentía, pero de una forma tan buena que me hizo soltar un gemido y él se rio. El cuero se deslizó dentro de mí, empapándose de mi humedad. No eran suaves como unos dedos desnudos, era una dureza implacable y cada movimiento me llenaba con un roce distinto, casi podía decir que era antinatural y esa diferencia me encendía aún más. Me desarmó con cada penetración, arrancándome gemidos desde lo más profundo de mi ser. Con su otra mano me agarró por la barbilla y me obligó a mirar al hombre que estaba follando brutalmente a la mujer, la hacía gritar y gemir mientras la penetraba por el coño.

—Mira cómo la folla y ella disfruta. —Gemí—. ¿Quieres eso, zorrita?

No me permitió responder, era como si él ya supiera mi respuesta, aunque mi boca se negara a moverse, aunque mi cerebro estuviera enviando respuestas automáticas a mi cuerpo. Lo sentí inclinarse sobre mí, pegando su pecho a mi espalda.

—No te preocupes, zorrita, eres solo mía y nadie verá tu coño, nadie verá lo que me pertenece.

Y entonces entró en mí como un huracán, arrasando con todo a su paso. Grueso y largo, lo sentí hasta las profundidades. Mis labios se separaron, un gemido largo y tembloroso salió de mí. Estaba expuesta, el otro hombre me

miró y sonrió de lado, seguía follando a esa mujer… que también me miraba con una sonrisa. Era como si ellos supieran algo más que yo desconocía, de lo que no me habían hecho partícipe. El enmascarado salió de mí para volver a meterse. Mi corazón ya no latía, aporreaba contra mi pecho, desbocado.

—Eres mía, Sabrina. —Empujó y empujó—. Cada parte de ti, tus gemidos, tus temblores, tu miedo… todo me pertenece.

El enmascarado —*mi enmascarado*— no me daba tregua. Me poseía totalmente, me reclamaba delante de quien sea que estuviera observando las grabaciones del dron que ahora estaba delante de mi cara. Cada embestida se sentía como si fuera un castigo por no haberme tenido antes, por mi tardanza… Y no podía negar que me sentía como si le perteneciera. Mi cuerpo se arqueaba contra él, pidiendo más. Y él me lo dio. Los dedos de mis pies se curvaron en la tierra húmeda cuando él pellizcó mi clítoris, y grité tan fuerte que el sonido resonó entre los arbustos.

Me sentía al borde de un abismo oscuro y peligroso y acababa de empezar, porque algo me decía que él no se cansaría tan rápido. Sus empellones se intensificaron, se volvieron más rudos, más rápidos. Entraba y salía de mí, me hizo caer hacia delante, clavando las uñas en la tierra. Su peso presionó mi espalda y volvió a embestirme, esta vez más fuerte. Se movía dentro de mí con una brutalidad devastadora. El dron parecía sonreír de alguna forma malévola.

—Toda esa gente que te está viendo ser follada, se está tocando, zorrita —susurró el enmascarado en mi oído.

Gruñó en mi oído, su respiración desbordada y controlada al mismo tiempo, como un depredador que juega con su presa antes de devorarla.

—Eres mía, zorrita… —escupió con esa voz ahogada que me hacía temblar—. No corres de mí, corres *para* mí.

Me mordió el cuello con fuerza, arrancándome un gemido ronco que se ahogó contra su mano enguantada cuando volvió a taparme la boca. El cuero me sabía a mí. Sentí cómo mi garganta vibraba contra sus dedos. Me inmovilizaba con una facilidad insultante, como si fuera una muñeca rota entre sus brazos, y, aun así, mi cuerpo respondía con más placer del que me atrevía a admitir.

El sonido húmedo de su polla entrando y saliendo de mí me ardía en los oídos. No tenía esa ternura que habían tenido otros hombres con los que me acosté antes, no había compasión. Cada embestida era como un candado cerrándose en unas cadenas invisibles que me envolvían, eran un recordatorio de que no tenía salida, de que estaba perdida en su cacería.

Mi vista se nubló cuando me empujó más fuerte dentro de mí. Mi cuerpo quedó arqueado, expuesto. Mis pezones se frotaban contra la tela del corsé. La mezcla de temperaturas —el frío cortante y el calor abrasador de su polla— me enloquecía.

—Mírate —rugió, tirando de mi pelo para alzar mi rostro hacia la lente del dron—. Follada como una perra, empapada… ¿Crees que puedes esconderte? Todos verán a la zorrita que gime por el Diablo.

Quise negar, pero el grito que escapó de mi garganta lo desmintió todo. Porque yo era una mentirosa que negaba que esto era lo que siempre había deseado, lo que había escrito en mi diario personal. Mis fantasías más oscuras estaban siendo complacidas. Las piernas me temblaban, incapaces de sostenerme, y él pareció darse cuenta, pues me sostuvo con su mano firme en la cadera, clavando sus uñas a través del cuero de los guantes.

La voz de la mujer —la de los ojos de hielo— resonó en algún rincón del laberinto, como un eco de burla:

—¡Corre, cariño! ¡O acabará rompiéndote!

Su burla se mezcló con mis jadeos, pero él solo se rio en mi oído.

—¿Quieres huir, zorrita? —Sus dedos volvieron a mi clítoris, castigándome con un ritmo despiadado—. Vas a correrte para mí, delante de todos los que te observan, hasta que te quedes sin fuerzas.

El dron descendió un poco más, enfocándome como si quisiera devorar mi rostro. El sudor me caía por la frente, mis labios temblaban abiertos, mis ojos húmedos de lágrimas que no sabía si eran de dolor, placer… o de ese miedo tan perfecto que me ataba a él.

—Por favor… —jadeé, la palabra apenas un susurro entre mis labios.

—¿Por favor, qué? —Me azotó en el culo con la palma enguantada, el sonido seco resonando entre los arbustos.

El golpe me arrancó un gemido agudo, vergonzosamente necesitado. Me mordí el labio hasta sangrar, el sabor metálico se mezcló con mi respiración entrecortada.

—Por favor, no pares… —confesé al fin, con la voz rota.

Él gruñó de satisfacción, como si acabara de arrancar la confesión más íntima que poseía y que él conocía, como si hubiera estado esperando a que dijera eso. Y entonces me embistió con más fuerza, con más brutalidad, como si quisiera hundirme hasta las raíces del laberinto. Mis rodillas cedieron, pero él me sostuvo contra sí, obligándome a recibirlo una y otra vez, sin tregua.

Mis gritos se mezclaban con los gemidos de la mujer en el otro rincón, con los jadeos frenéticos del hombre que la follaba. Sentí un líquido corriendo debajo de mí, espeso y caliente. Alguien habló a mi lado, no era él, pero no quise abrir los ojos y despertar del que seguramente también sería un sueño.

«Sangre», resonó una voz en mi mente.

No me importaba si era sangre lo que había debajo de mí. Solo podía sentir esa enorme polla perforándome hasta el estómago.

El temblor de mi cuerpo llegó primero, luego el grito que desgarró mi garganta. El dron había captado el instante exacto en que mi cuerpo explotó en un fuerte orgasmo, el momento en el que me corrí tan fuerte que mis piernas dejaron de responder. Él rugió conmigo, un sonido animal y primitivo que se clavó en mi piel más hondo que cualquier marca.

Pero no se detuvo.

Me levantó de golpe, saliendo de mí, como si mi peso no fuera nada, y me obligó a envolver su cintura con mis piernas, solo para volver a entrar en mí y arrasar con todo, alargar mi orgasmo en contra de mi voluntad. Mi respiración era un desastre, mis labios abiertos, la saliva resbalando por mi barbilla. Aun así, me abracé a su cuello mientras seguía follándome aquí de pie, en mitad de un puto laberinto donde otras personas gritaban de horror y la mujer estaba siendo follada en un rincón cerca de mí. Él me obligó a abrir los ojos y mirarlo, aunque la máscara me ocultaba todo de él, no sus ojos. Fríos, distantes, seguros de sí mismo. Lo sentía todo dentro de mí, dominando cada fibra de mi cuerpo.

—¿Lo entiendes ya, zorrita? —Su voz me quemó el alma—. No corres para salvarte. Corres para que yo te atrape.

Y, mientras me penetraba sin cesar, su máscara rozó mi sien y sentí ese escalofrío helado que me hizo entender todo: este no era un juego, era un ritual. Y yo era su presa favorita.

Capítulo nueve



Ward

La limpié con cuidado. Sus ojos seguían cerrados, se había desmayado tras largas horas corriendo y huyendo de mí. Vertí agua por su cabeza, que cayó en cascada por su pelo lleno de tierra, limpiándolo. Le di un beso en la mejilla. La saqué de la bañera, con el agua marrón por toda la suciedad que trajo en su cuerpo, y la llevé a mi cama envuelta en una toalla. La dejé con cuidado en medio, le até las muñecas a los postes del cabecero y los tobillos a los del piecero. Besé su rodilla izquierda, luego la derecha. Sabrina permanecía totalmente inconsciente mientras mi polla se ponía dura otra vez. No tenía suficiente de ella y temía que jamás sucedería.

Tenía el coño rojo por mis duras embestidas, le había quitado todos los restos de semen, no solo míos… Le había permitido cumplir una única fantasía que no me implicaba físicamente a mí. Agarré la copia de su diario del cajón de mi mesita de noche. Ella había descrito cómo deseaba que varios hombres se corrieran por su cuerpo, no quería que la tocaran, no deseaba que ellos pusieran sus sucias manos sobre su delicada piel de porcelana. Pero sí quería que el semen de esos hombres —a los que seleccioné con sumo cuidado— la bañaran. Así que la había llevado a la habitación de extracción, donde los hombres podían masturbarse y jugar con su semen sobre el cuerpo

de uno o varios siervos y siervas. Dejé a Sabrina sobre la alfombra redonda, fue rodeada de inmediato por hombres vestidos de negro con las pollas fuera, sacadas por las cremalleras de sus trajes de diseñador.

Le comí el coño para hacerla correrse mientras vivía esa experiencia, para ello tuve que levantar mi máscara, no quería que todavía me viera, que supiera quién era el hombre que la había estado acosando. Los hombres se masturbaron al tiempo que ella daba gritos ensordecedores, no vieron su coño, tampoco sus tetas. Los dejé cubiertos. Podían correrse por su estómago, por su cara o por sus brazos, pero jamás verían esas partes que solo me pertenecían a mí.

Guardé el diario en su sitio cuando escuché un gimoteo detrás de mí. Mi cuerpo me pedía descansar, dormir todas las horas que no había dormido durante la noche de Halloween. Miré por encima de mi hombro. Sabrina se estaba removiendo y parecía incómoda. Me levanté del borde de la cama y me acerqué a sus pies atados, deslizando mis manos por sus pantorrillas. Sus ojos comenzaron a abrirse. Eran las siete de la mañana y estaban comenzando a aparecer los primeros rayos de sol del día. Sabrina soltó un suspiro tembloroso. Sus ojos abiertos recorrieron la habitación, tiró de las cuerdas de sus muñecas y después se percató de mi presencia.

—Pro-profesor —jadeó.

—Por fin despiertas.

—¿Dónde estoy?

—En casa.

Su ceño se arrugó. Teníamos muchas cosas de las que hablar sobre nosotros, sobre su futuro como mía y de sus obligaciones como mi mujer. Me subí a la cama, entre sus piernas y ahí me quedé, con mi pene semiduro descansando en su coño caliente y maltratado. Ella trató de echarse hacia atrás, pero las cuerdas de los tobillos no se lo permitieron. Me metí en la boca un pezón, haciéndola gemir. Mi pene, respondiendo a la excitación de tenerla atada, se puso más duro. Lo introduje dentro de ella, que se quejó.

—Espera… —murmuró.

—Eres mía, Sabrina —dije empujando en su vagina, que cada vez estaba más mojada—. Tu cuerpo —lamí su pezón mirándola a los ojos— me pertenece. —Empujé fuerte—. Tu coño me lo follo cuando y como me

apetece. —Me apoyé en mis puños, uno a cada lado de su cabeza, elevándome sobre ella, y comencé a follarla—. Me follo todo tu cuerpo y tú te callas, solo tienes permitido gemir y gritar… tú decides si es de placer o dolor.

Sus ojos brillaron un instante, después sus labios se movieron y sonreí como un lobo hambriento. Le di una bofetada en una mejilla, su coño se contrajo. Ella quería dolor y había sido clara al respecto. Su espalda se arqueó ante la invasión dura y descontrolada de mi pene. Me puse de rodillas y la usé lo mejor que sabía. Azotando sus tetas con mis palmas, dejando marcas de mis dientes en sus caderas y muslos. Me salí de pronto de su interior, provocando que varias protestas salieran de entre sus labios. Sus ojos se abrieron cuando vio a dónde me había acercado y a por qué. Me observó con atención, en silencio, cuando me subí de nuevo a la cama. Arrodillado entre sus muslos lechosos, mi mano se movía arriba y abajo sobre mi pene, me masturbé mirándola a los ojos directamente.

Lentamente deslicé el mango de mi puñal entre los labios de su coño. Sabrina jadeó ante el frío contacto del metal dorado. Mi mano enfurecida se movió más rápido, haciéndome gemir entre dientes. Introduje el mango muy despacio dentro de ella. Mis ojos no abandonaron los suyos mientras comenzaba a follarla con el puto puñal.

—Profesor… —gimió.

—Di. Mi. Puto. Nombre.

—Wa-Ward.

Mi cabeza cayó hacia atrás. El placer me recorrió la columna como una descarga eléctrica, me sentí mareado, abrumado, a punto de correrme; pero me controlé, porque no quería que todo acabara tan rápido. Así que aparté la mano de mi pene y me concentré en ella, en mi puñal entrando y saliendo de su maltrecho coño, el mismo que me había follado durante largas horas anoche, el mismo donde me había corrido tantas veces. Saqué el puñal al cabo de unos minutos donde ella había parado de retorcerse de placer. Coloqué la hoja afilada sobre mi palma y corté, la sangre goteó por su bajo vientre y su coño, por la cabeza de mi pene enfurecido por no darle el placer que necesitaba. Aplané la palma entre las tetas de Sabrina y la deslicé hacia abajo. Entonces me metí dentro de ella de un empujón.

—¡Ward! —exclamó.

Entré y salí de su coño, sin importarme si se retorcía, si gritaba o si sollozaba. Su coño me apretaba y sus gemidos me decían todo lo que necesitaba. Ella quería esto tanto como yo. Me corrí después de ella. Pero no salí de inmediato, necesitaba hacer algo más para culminar con nuestra unión. Con el puñal en la mano, su hoja ensangrentada, clavé la punta en el interior del muslo de Sabrina. La sangre brotó de inmediato, llenando la hoja y mezclándose con mi propia sangre.

—Mía —gruñí.

Expondría este puñal en la Mansión, donde todos pudieran verlo manchado con mi sangre y la de mi mujer.

Me levanté de la cama. Tenía que curar la herida que acababa de hacerle a Sabrina, darme una ducha y desayunar. Hoy tendría lugar la Reunión de Consolidación, donde Sabrina sería presentada como la futura señora Stone. Donde también se les daría a sus padres la bienvenida a la Orden Dorada. Recibieron mi invitación personal y anoche estuvieron presentes durante la Cacería. Me vieron tomar lo que era mío, su hija. Según Paulina, que estuvo pendiente de ellos porque se lo pedí, estuvieron muy felices de que su hija ahora perteneciera a la familia Stone.

Regresé a la habitación perdido en mis pensamientos. Mientras curaba el muslo de Sabrina, me percaté de que me estaba observando en silencio. Seguramente se preguntaba qué hacía yo aquí y no su enmascarado, le diría toda la verdad. Así como también le mostraría que ahora esta era su casa.

—Pro… —Su voz se detuvo cuando levanté la cabeza—. Ward, ¿qué está pasando?

—Estoy cumpliendo con lo que pediste.

—¿Lo que pedí?

—Tu diario.

Sus ojos se abrieron. Sabrina comenzó a removerse enfadada, tirando de las cuerdas que la mantenían atada a la cama. Era inútil intentar deshacerse de ellas, estaban tan atadas a sus muñecas y tobillos, que a veces la piel de alrededor se le ponía blanca.

—Quieta —ordené, y ella obedeció—. Todo lo tuyo es mío, Sabrina, por si no te has dado cuenta todavía. Tu vida, tus pensamientos, tus fantasías, tu

cuerpo… —Eché un vistazo a su desnudez, era exquisita—. Todo me pertenece.

—¿Dónde está él?

Entrecerré ligeramente los ojos.

—¿Quién? —pregunté.

—El Diablo.

Mi boca se curvó por un lado.

—Lo tienes delante de ti, *zorrita*. —Se le escapó un jadeo—. Siempre he sido yo.

—Mis… mis sueños…

—No eran sueños. Te follé varias veces, pero siempre terminabas desmayada por la intensidad de tus orgasmos.

—Pero… estaba limpia y él… es decir, tú, te corrías sobre mí.

—Te limpiaba. Era divertido ver cómo te volvías loca deseando que esos "sueños" —hice comillas en el aire con mis dedos— se hicieran realidad.

Odié el silencio que prosiguió a esta charla, pero entendía que ella necesitaba tiempo para asumir todo lo que estaba pasando. Así que la dejé a solas en nuestra habitación, colocando antes el puñal en la peana, y entré en el baño a darme una ducha rápida y quitarme todo el sudor, la tierra y el olor a sexo de encima. Cuando acabé, ya habían pasado más de quince minutos. Entré en la habitación con una toalla alrededor de mi cintura y me dirigí al vestidor, el que ahora compartía con mi mujer. Su ropa estaba perfectamente colgada y doblada. Había huecos que rellenar, vestidos que había que comprar y necesitaría para las reuniones de la Orden. Me puse un traje de tres piezas de color crema, una camisa blanca, una corbata marrón y unos zapatos de estilo Oxford del mismo color que esta última.

Me acerqué a la cama, desaté a Sabrina y la cargué en mis brazos hasta el vestidor. Sus ojos escanearon la habitación —que no era pequeña— y se detuvieron en su ropa, sus cejas se juntaron en el centro de su frente. La dejé en el suelo con cuidado, tenía que coger uno de los vestidos que había elegido para ella, aunque tendría que ir a por más a la boutique de lujo del centro de Salem.

—Póntelo.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—A la Mansión, tenemos una reunión de la Orden.

Sus ojos brillaron curiosos y expectantes.

—Y-yo no pertenezco a la Orden —murmuró en voz baja, jugueteando con la tela del vestido.

—Ahora sí, por ser mi mujer. Te presentaré ante los miembros como mi futura esposa. —Abrí el cajón del expositor de mi lado del vestidor y saqué de entre la colección de relojes la cajita de terciopelo negra—. Ponte el anillo.

—Ward…

—Obedece, Sabrina. No podemos perder el tiempo. Ponte la combinación de lencería que hay en el primer cajón del lado izquierdo de tu parte del vestidor y los Louboutin negros. Te espero en la cocina.

—Pero no me sé el camino.

—Ya has estado en mi casa antes, lo encontrarás.

Quince minutos más tarde, Sabrina apareció en el comedor, ya vestida y lista para desayunar e irnos. Parecía nerviosa y confundida.

—Siéntate. —Le señalé la silla de mi derecha y dejé el periódico a un lado en la mesa—. Sabrina, vas a convertirte en mi esposa.

—No lo entiendo.

—Eres la mujer que llevo deseando desde hace tiempo.

—¿Siempre obtienes todo lo que quieres?

—Siempre.

—Ah… vale.

—Esto es lo que va a pasar con nosotros. Vas a mudarte definitivamente a esta casa, ahora también es tuya. Nos casaremos cuando tú decidas.

—¿Gracias?

Sonreí.

—Seguirás estudiando si es lo que deseas, aunque personalmente me gustaría que terminaras tu carrera en economía y negocios y que en un futuro fueras una mujer de valor dentro de la Orden junto a mi cuñada.

—¿La madre de los gemelos?

—Sí. Ella es quien se hará cargo de verdad de la Orden, no mi hermano. Archibald… ya lo conocerás, pero su única misión en la vida siempre ha sido follar y vivir de los lujos que le proporciona el apellido Stone. Berenice necesitará a su lado a alguien con tu ingenio y tu sensatez en los negocios para las empresas de la familia.

—Esto es abrumador. Demasiada información de golpe —dijo con una sonrisa.

Puse mi mano sobre la suya.

—No soy un hombre afectuoso, Sabrina. Pero te doy mi palabra de que haré todo lo posible por demostrarte cada día que te quiero a mi lado.

—Pero no estás… enamorado de mí.

—Yo no siento amor por nadie, cariño.

Sus ojos se abrieron ante la comprensión. Agarré el periódico y lo abrí mientras ella comenzaba a comer.

—El servicio viene cuatro veces a la semana a limpiar la casa, no necesitas ocuparte de nada de eso. El chef trabaja durante todo el día e incluso por la madrugada. Si en algún momento necesitas alguna comida, puedes llamarlo. —Mi voz sonó por detrás del periódico—. Te daré la tarjeta de crédito familiar en una semana.

—No es…

—Sí lo es.

—Tengo que hablar con mis padres.

—Anoche parecían felices.

—¿Qué?

Bajé el periódico por un lado con una sonrisa en mis labios.

—Tus padres estuvieron presentes durante la Cacería, cariño. Mi… medio hermana dijo que estaban contentos y sonrientes cuando te vieron dentro del laberinto.

—Me vieron… Te vieron… —Tragó grueso.

—No te preocupes, nadie te vio desnuda, me ocupé de eso.

—Pero me vieron teniendo sexo con un hombre enmascarado y eso ni siquiera es lo peor, me vieron tener varios orgasmos, ¿verdad?

—Cariño, cálmate. Tus padres lo comprenden. En la Orden verán cosas mucho peores.

—¿Eso debería tranquilizarme?

—Sí.

—Al menos dime qué esperas de mí como esposa.

—Que no seas sumisa, solo en nuestra cama. Quiero que te rindas a mí, pero no que seas una pusilánime como mi hermano. Quiero que me expreses tus deseos y tus inquietudes, que no estés de acuerdo conmigo en todo, que me discutas cuando algo te molesta. Quiero que seas tú misma.

—Eso puedo hacerlo.

Su mano voló por el aire hasta llegar a mi mejilla con un sonoro impacto. Mi pecho vibró por la risa, jamás había visto esta faceta suya y tenía que admitir que me gustaba. Sabrina se levantó de un salto de su silla, con las manos en las caderas, y comenzó a insultarme por haberla secuestrado, por no decirle dónde estaba su amiga y por asustarla cuando la soltaron en el laberinto. Mi polla se endurecía más y más con cada palabra que salía de sus labios. Así que hice lo que tenía que hacer antes de irnos a la Reunión de Consolidación.

Capítulo diez



Sabrina

Todavía estaba conmocionada por todo lo sucedido. Había visto a Ward Stone completamente desnudo. No mencioné nada de lo que vi, pero él… Su cuerpo… estaba lleno de tatuajes que los trajes que solía usar para dar clases en la universidad ocultaban. Mi nombre se encontraba tatuado por todas partes como una oración silenciosa, como una plegaria del mismísimo Diablo. Pero había sido la S grabada a fuego sobre su corazón lo que llamó mi atención.

Ward Stone no solo estaba obsesionado conmigo, yo era una enfermedad para él.

Suspiré. No podía caminar bien y a Ward parecía hacerle gracia. Dijo que el escozor se me pasaría con la pomada que me aplicó después de que me inclinara sobre la mesa del comedor y me follara contra el desayuno. Los platos habían caído al suelo, se rompieron, pero a él le dio igual todo. Estaba hasta arriba de semen dentro de mí. Suponía que él era consciente de que me tomaba la píldora porque no había usado un condón ni una sola vez.

Claro que lo sabía. Me acosó durante mucho tiempo, desde antes de que apareciera el enmascarado bajo mi ventana… Es decir, él. Todo este tiempo fue Ward quien estaba detrás de esa máscara, de mis sueños que resultaron no

ser sueños. Debería sentirme insultada, violada y estúpida, pero no era así. En realidad, me sentía muy feliz porque el hombre por el que llevaba años suspirando, y observando a escondidas, me quería con él como su esposa. No podía sentir amor, pero de alguna forma muy retorcida me sentía bien a su lado. Quizás con el tiempo me sintiera amada, no lo sabía. Me tomó de la mano y entrelazó nuestros dedos cuando cruzamos la última puerta de la Mansión, que era increíblemente grande.

Las puertas dobles se abrieron; eran una maravilla recubierta de oro. Los guardias con máscaras de pájaros dorados no se atrevieron a mirar en mi dirección y me sentí poderosa por primera vez en mi vida. ¿Sería así siempre? Mi corazón comenzó a latir rápido dentro de mi pecho cuando vi la enorme sala de reuniones decorada absolutamente de negro y dorado. Una mujer se acercó a Ward, pero él la rechazó de inmediato y la amenazó de muerte si me hacía sentir incómoda. La mujer dio marcha atrás con la cabeza baja, avergonzada.

—Es una sierva, una de tantas y tantos.

—¿Qué ofrecen?

—Servicios sexuales, es su único valor aquí en la Orden y están conformes con eso. Aunque siempre hay alguno que aspira a más, como ser amante oficial de algún miembro de alto rango.

—Entiendo.

Ward me detuvo antes de llegar a las sillas y me tomó por la barbilla con sus dedos índice y pulgar.

—Ahora que eres mi prometida y pronto serás mi esposa, tu rango es de los más alto que existen en la Orden, pero jamás estarás por encima del Gran Maestro.

—¿Tu padre?

—Sí.

—Y Berenice lo será cuando él se retire. —Ward asintió, luego me ofreció una silla a su izquierda, él estaba a la derecha de su padre…—. Gracias —murmuré en voz baja.

La mirada del hombre me era familiar, muy familiar. Sonrió y ahí me di cuenta de quién era. El mismo hombre que anoche se estaba follando a esa mujer que conocí en ese lugar oscuro, la que también me resultaba familia. Agaché la cabeza con vergüenza.

—No necesitas hacer eso, querida —dijo la voz grave del padre de Ward —. Soy Hunter, tu suegro.

—Encantada, señor.

—Hunter —repitió con amabilidad—. Espero que mi hijo te haya explicado lo que pasó anoche.

—Un poco —admití con las mejillas rojas.

Él asintió complacido, aunque más tarde le preguntaría a Ward algunas cosas. Tenía muchas dudas y curiosidades que saciar. Una puerta junto a la chimenea que tenía Hunter a sus espaldas se abrió. Esa mujer fue la primera en entrar, riéndose a carcajadas, seguida de un hombre que reconocí de inmediato porque lo había visto en la universidad con los gemelos, quienes también entraron.

Mis manos se movieron nerviosas encima de la mesa, captando la atención de Ward.

—¿Les vas a pegar también a los demonios?

—Depende —mascullé—. Vosotros dos —escupí con ira—. ¿Dónde está Astrid?

Se rieron como si la cosa no fuera con ellos y me ignoraron. Así que me levanté dando una palmada sobre la mesa. Los gemelos me fulminaron con la mirada y eso hizo que Ward se pusiera de pie a mi lado, un único movimiento que bastó para que Alaric y Vaughn se enderezaran y se ajustaran las chaquetas de sus respectivos trajes al mismo tiempo.

—Vendrá enseguida —respondió Vaughn con desinterés.

—Niños, dejadla en paz y comportaos con la prometida de vuestro tío —dijo la mujer.

—Ella es Berenice, la madre de mis nietos —intervino Hunter—. Aunque ya la conoces.

Mis mejillas se calentaron. Bajé la barbilla a mi pecho, pero la mano de Berenice se movió rápidamente por el aire desestimando mi bochorno.

—Estamos en familia, cariño. No te sientas avergonzada. Todos los Stone somos voyeristas, ellos lo llevan en la sangre y nosotras… por nuestra parte también. —Me guiñó un ojo—. Siéntete como en casa y cualquier cosa que necesites —paseó su mano por el aire señalando toda la sala—, se la pides a un siervo, estarán encantados de atenderte.

—Gracias, eres muy amable.

Berenice asintió sonriente. Hunter le entregó una carpeta cuando ella se sentó al lado de su esposo, que no me quitaba la vista de encima. Luego miró a su hermano. Me senté de vuelta en la silla, un poco más tranquila, aunque no dejaba de pensar en mi amiga.

—Tenías razón, Ward, es una belleza.

—Y si no apartas tus ojos de ella, te los arrancaré y te obligaré a comértelos, Archibald.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—No pretendía incomodarte —me dijo—. Lamento mucho si lo he hecho, solo quería que supieras que eres guapísima y que, por supuesto, eres bienvenida a la familia Stone.

—Se lo agradezco…

—No me llames señor, por favor. Me harás sentir que tengo la edad de mi padre.

Hunter levantó la vista de los documentos que llevaba hojeando desde que Ward y yo entramos en la sala.

—No te burles de mí, Archibald.

—Nunca, papá.

Ambos hombres se sonrieron. Me incliné hacia Ward, que había vuelto a sentarse.

—¿Es normal que tu padre se acueste con sus nueras?

—No. Lo de anoche fue una petición especial de mi hermano.

—Vale. Entonces no tengo que hacerlo.

Ward apretó los dientes.

—Nadie que no sea yo te tocará, Sabrina. A mí no me gusta compartir. No me importa que me vean follándote o que te vean chupándome la polla, pero jamás permitiré que nadie le ponga un solo dedo encima a lo que me pertenece.

—Claro… —Me sentí acalorada. Ward puso su mano en mi muslo y la metió bajo la falda del vestido—. ¿Qué haces?

—Tocar a mi mujer y comprobar si estás mojada.

—Lo estoy, saca la mano de ahí.

Mi regaño quedó en la nada cuando un grupo de personas entró en la sala de reuniones, entre ellos mis padres y los de Astrid. Mi padre me saludó con una sonrisa y un asentimiento de cabeza. Otra mujer les indicó dónde debían sentarse. Los padres de Astrid quedaron frente a mí, sentados cerca de los gemelos Stone, habían dejado un hueco libre. Mis padres fueron sentados a mi lado. Mamá me dio un beso en la mejilla y no mencionó nada de lo que vio anoche. Estaba bien con eso, no necesitaba pasar vergüenza.

—¡Astrid! —chillé cuando mi amiga entró con cara de pocos amigos.

Se acercó por detrás a Alaric y a Vaughn y les dio una bofetada en la nuca a cada uno y al mismo tiempo. La sala de reuniones se quedó en silencio hasta que Ward comenzó a reírse mirando hacia sus sobrinos.

—Sabrina hizo exactamente lo mismo conmigo esta mañana —mencionó divertido—. Chiquilla… no sabes lo que acabas de provocar —le dijo a mi amiga.

Los gemelos la miraban con la misma intensidad con la que Ward me miraba a mí. Hunter comenzó a hablar y todos callaron como si el mismísimo Dios estuviera dando un mensaje. Ahí supe que mi vida había cambiado para siempre. Que la Sabrina que anoche creía que iba a una fiesta organizada por la sociedad secreta de la universidad ya no existía. Que Astrid tampoco era la misma, porque lo vi en sus ojos. Y lo peor de todo era que esto era lo que siempre deseé. Ahora solo me moría de ganas por saber qué había pasado con mi amiga y estaba segura de que ella también ardía en deseos de contármelo.



Jake M.O. es el seudónimo de una autora española de 33 años que escribe historias de Mafia, Tabúes y Dark Romance. Sus personajes nunca son un ejemplo (así que no te fijes en ellos). La mayoría de estos son posesivos, celosos y… asesinos.

Con una vida difícil, su mente se refugió en imaginar otras historias, donde siempre había un monstruo, pero este la protegía. Un día, después de mucho leer, decidió plasmar esas ideas y así nació Jake. Que, por si te lo preguntas, es solo un nombre que vio en una serie de dibujos animados.

A Jake le fascina explorar los límites, hasta dónde estaría dispuesto a llegar uno por amor u obsesión si pudiera obedecer lo que dice esa vocecilla que todos tenemos dentro.

Jake nunca muestra su rostro, pero deja el alma en cada palabra. Porque, a veces, las historias más oscuras nacen de la luz más tenue.



Por supuesto que os doy las gracias a todas las chicas que siempre habéis estado ahí apoyándome. Mil gracias por cada palabra de ánimo, por comprender cuando no podía más y tuve que tomar decisiones que os afectaban a vosotras. Gracias de corazón a todos aquellos que se leen mis libros y deciden hacer un hueco en sus vidas lectoras para mí y mis personajes. Quiero que sepáis que cada vez que leo alguna reseña o comentario vuestro, mi corazón se ablanda un poquito más.

Aunque me gustaría hacer una mención especial a mi chica de oro @frasesdeunlibro4717 por cada post que me has dedicado (que no son pocos), por estar siempre ahí cuando necesitaba desahogarme o cotillear de alguna estupidez. Gracias por hacerme sentir que soy parte de una pequeña "sociedad ultrasecreta" de la que formamos parte las dos… más una tercera persona que ambas conocemos y sabemos quién es. Sí, sí, dale gracias también a la señorita que encima te exige que le compres todos mis libros.

Con muchísimo cariño, *Jake*.

¡Nos vemos en la siguiente historia!